

Cuentos Seleccionados

ANTOLOGIA



SALTA - JUJUY - CATAMARCA

CUADERNOS DE LA



fundación del
banco del noroeste
coop. ltdo.

ANTOLOGIA

Cuentos seleccionados

El Desafío

El joven había bajado por la madrugada hacia el Bordo de las Ánimas. A machotalón había hecho los cuatro kilómetros que lo separaban del pueblo. Buscó el sitio más oculto entre los cardones, las paltas y las barbas de tigre, y tendió sus veinte años a lo largo de la tierra, como queriendo desaparecer en ella.

Así, aguarda ahora la llegada del viejo Agenor. La áspera disputa de la noche anterior en el boliche de Venancio había terminado en las gritadas palabras:

–Mañana nos toparemos en el Bordo, y ahí veremos...

En su posición domina el terreno. El viejo no puede llegar sin ser visto, y lo mataría apenas asomase, porque no podía vacilar un instante. El viejo Agenor Campos debía ya tres muertes. Inca la mirada en el aire, husmea, lo cava con el oído. El silbido de una perdiz se estira por el campo. Cree oír un galope. Busca, escudriña con los ojos. Pero es el pulso de su propio corazón. Se está oyendo la sangre. En el cielo se apagan las últimas estrellas. El campo se va alegrando con la luz que baja de Dios. Comienza a dolerle el dedo que tiene montado sobre el gatillo del arma. Cada vez más tenso. Está en juego su vida. Entre los cardones quiere levantarse una brisa.

Cualquier rumor es amenaza de hombre. El arma le amortigua las manos. No debía errar su tiro. Ya está tardando demasiado el viejo. Pero él no tiene miedo. Lo matará de seguro. Es joven y fuerte.

–¿Qué estás haciendo, muchacho?, la voz del viejo Agenor Campos suena detrás como la trompeta del juicio final. Dejate de tonteras. Vamos a tomar unos mates en mi casa.

Obsesión

Estaba sentada en el umbral de la casa. Miraba a la siesta filtrarse en el agitado movimiento de sus manos. A su lado, César imitaba aquellos movimientos imprecisos. Sus manos eran chicas y por ella escapaba el cubo de una mandarina que caía en el jeans azul. El fuerte olor a citrus, los mantenía absorto en ese juego de liberar las tajadas.

Aquel día de invierno, una mosca de regular tamaño de unas volteretas a su alrededor, miró y miró hasta que fue a posarse sobre las manos de César, quien trató inmediatamente de espantarla. La mosca se levantó, dio otras vueltas y se posó nuevamente, esta vez en la cabeza de Lucrecia.

Una y otra vez la corrieron; una y otra vez se levantaron. No había forma, la mosca volvía. Entonces, decidieron tirar la fruta a la vereda. Allí, inexplicablemente, se abalanzó el insecto. Él se cansó y se retiró a su casa. Ella entró luego a la suya. Al llegar a la cocina, creyó reconocerla: estaba allí, insolente, sobre la mesa, con sus antenas muy quietas, mirándola con desagrado...

Lucrecia tomó un repasador con la idea fija de acabar con ella. Asestó el primer golpe y la mosca se detuvo en su mano. Largó la servilleta moviendo de un lado a otro su mano izquierda. Era imposible, el insecto, no se inmutaba. Seguía estático, firme, formando parte de su piel.

Lucrecia abrió rápidamente el grifo, un chorro de agua fría se deslizó por su mano y mojó el insecto. Sus manos se inundaban, la mosca también, pero sus alas seguían firmes, adheridas a ese pedazo de carne.

Sintió luego que el ánima succionaba su sangre y gritó desesperadamente... el silencio fue la única respuesta. Nadie respondió en la casa. La mosca seguía prendida. Pensó, entonces que el fuego acaricia acabaría con ella. Fue hasta el escritorio de su padre, extrajo de una mesa ratona un encendedor, olvidando por completo que había fuego en la cocina.

La mano se quemaba, la mosca ardía como un papel seco. En el lugar, quedó una mancha roja que crecía más y más.

Al transcurrir dos horas, la mancha había desaparecido. Pero en la mano había muchos poros negros, infinitos, incontables; estaban diseminados por todos lados, inclusive en los dedos. Era algo espantoso.

Sintió que era un monstruo, mientras corría por toda la casa. La mano se hinchaba, se hacía cada vez más grande, perdía la forma, hasta que llegó a ser y reconocible.

Al poco tiempo, los poros se abrieron como cráteres. De ellos comenzaron a salir miles y miles de cabecitas. Pronto, surgieron sus cuerpos, sus alas, sus almas...

Trato de explicarle lo ocurrido al médico, pero él no me entiende. Tampoco entiendo yo, por qué esta gente camina lentamente por largos pasillos como locos.

Como un lagarto

Caía la siesta sobre las casas. Golpeaba los techos de cinc y se quedaba allí, donde el misterio es fuego agonizante. Allí donde las piedras se multiplican en su secreto de siglos y prehistoria.

Ella llegaba de pronto, venía moviendo la cabeza. Luego, la dejaba quieta y se sumía en el murmullo de las hojas.

Era un largo trayecto de baldosas. Los jazmines cubrían los adobes de una tapia. Las macetas de cactus que formaban una hilera interminable, también olían a glorieta.

Ella venía todas las siestas trepando casi un cúmulo de escombros y maderas. Era la hora exacta. Una silueta gris paseaba su cuerpo, deslizándose cautelosamente.

Ella se quedaba estática, mirando fijamente, pensando quizás en su condición de lagarto

Ella se arrastra todas las siestas. Sus manos arañan la tierra caliente. Suda su desaliñada cabellera. A sus ojos, los sostiene una piel de pronunciadas arrugas. Nos mira calladamente en un mutismo total.

Ella se llama Eufelia López y hace 37 años que se arrastra como una lagartija.

Morir lejos de España

Un Cristo triste, de pobre con fe, presidía la modesta habitación. En un rincón, un trozo de quebracho, podrido por el rayo y la navaja, escondía su frustrada vocación de escultura.

En una silla de anea, sobada, un atado de globos, rojos y gualdas, yacían en agonía. Del techo caían otros desangrados, como ángeles abatidos por la tristeza, antes boyantes, de rebelde ilusión.

De pie, un nombre hecho de silencio. Un silencio berroqueño, enjuto. No era más impenetrable el silencio de la muerte que llenaba la modesta habitación. La muerte estaba allí. Se diría que la muerte era él. Vertical, sin sombra. Símbolo escalofriante y triste. Prieta su mano a otra mano. Los dos solos. Sin llanto ni vida.

Juan León seguía inmóvil. Ni el jadeo de su pecho se notaba. En sus manos, la mano del señor Lucas, fría, atenazada ya. No quería romper veinte años vividos en prieto, haz de afecto. Veinte años.

¿Cuánto, cuánto tiempo llevamos juntos, Juanito? Eras casi un mozo ¡Te acordás! Yo pescaba en el puerto. Tú bajabas del barco, joven, impaciente, algo triste, ligero de equipaje, un fardelillo en la mano... Nos encontramos en la comisaría marítima.

–¿Es usted paisano? –me dijiste.

–¿Qué se te ha perdido en América?, le pregunté.

–La fortuna de un tío fulero, respondiste.

Me hizo gracia tu salida. Yo estaba solo. Tú no tenías a nadie. La soledad nos unió.

Les unió el corazón generoso; la alegría, a pesar de todo, del señor Lucas.

Juan llegó sin documentación. Como polizón. El señor Lucas le fío.

Cuando dejaron atrás la verja de la comisaría marítima, el señor Lucas se detuvo, ofreció un cigarrillo a Juan y le dijo:

–Bien. Ya estás en América. En el mundo de los sueños. Detrás de esa verja han quedado las pesadillas; el pasado que se lleva el río. Ahora a cortejar a la vida y a la suerte ¡Pero cuidado con las faenas!

–Descuide.

Un nuevo amanecer rompía para Juan. No pudo ser más venturoso. Y, sin embargo, jamás pudo olvidar el triste lugar de la lejana España que dejó. En cada golpe, los pisos se lo recordaban.

–Madre, ¿cuánto tiempo llevamos en este lugar?

–Desde que se abrió la mina. Tus abuelos fueron los primeros que tuvieron, en sus manos, el primer carbón extraído. Decían que ellos habían asistido al alumbramiento de esta riqueza. Luego tu padre... Luego...

–Luego, antes y siempre la miseria, barbotó Juan.

A la madre le brillaron los ojos paralizados. Los pliegues de su cara parecían esculpidos.

Juan, corva la espalda, la cabeza gacha, congestionada, se metía la horquilla de los dedos entre el pelo, como abriendo surcos.

–Pienso que debemos marcharnos, sin esperar que suceda otro luego.

–¿Adónde ir?

–Tengo dos brazos fuertes. Y los estiró en el aire con varonía infantil.

–Los muertos, dijo la madre, tiran más fuerte de lo que empuja la miseria. Y esta tierra guarda mis muertos.

–Esta tierra maldita, pronunció Juan con ira, es tumba de hombres vivos, y yo no quiero que mis huesos la abonen.

–Toda la tierra es bendita de Dios. Son los hombres los que la infiernan.

–He sufrido bastante, madre. Mi juventud ya parece anciana.

–Te comprendo, hijo. Yo nada significo para la vida. Mi vida está enterrada aquí con mis muertos, y la tierra solo espera esta pobre carroña, como quien dice.

Tu juventud no está muerta del todo para hacerse tierra de esta tierra de mis muertos. Vete, Juan. Vete, hijo.

El silencio cortó el diálogo entre madre e hijo. La madre no estaba triste. Sus ojos brillaban serenos, con un soplo de vida por primera vez desde que se le agotaron las lágrimas.

Juan no se atrevió a decidir. Quiso consultar antes con don Gregorio, el capellán de la mina.

Las sienas le martillaban. Apretaba los puños y la impotencia le mandaba oleadas amargas a la boca.

–Si yo pudiera huir... dijo don Gregorio.

Pero no podía. Su corazón paternal llevaba treinta años beligerante entre aquella gente acorralada por el hambre y la miseria.

Durante treinta años, día a día, lavó con sal y vinagre las heridas que abrían su alma y sus carnes los mastines rabiosos y las hienas enloquecidas que le acosaban en el camino.

También, como la madre, don Gregorio sólo esperaba hacerse tierra de aquella tierra.

–Huye lejos de este infierno, Juan.

El padre de Juan había muerto en la última explosión de grisú.

Juan rompió la ley fatal y huyó como un bandolero de aquella prisión de brutalidad, de injusticia y de miseria, llamada “Valdelinfierno”. Mísero lugar de aquella pobre España, que poco después sembraría un millón de muertos en sus campos.

Valdelinfierno estaba fuera de las rutas turísticas. Nada importa su posición geográfica. En alguna estadística, excesivamente minuciosa, figuraba con el nombre de “Mina la Esperanza”. La boca de esta mina se abría a un valle circular, de altos bordes, asemejando una caldera. En lo hondo, junto a las fauces de la mina, unos barracones de madera y barro albergaban unas trescientas almas. La población minera. Otro edificio, pobre y terroso, se diferenciaba de aquellos cubículos por campear una cruz de madera sobre modesta espadaña. Un enorme nido de cigüeña colocaba en segundo plano al humilde campanario.

Un cura, de anchos y ancianos hombros, se confundía con la ermita de tierra. En su interior, sólo un Cristo sangrante y una Dolorosa triste, enjuta, como las mujeres del lugar. El sagrario, cavado en el adobe de la pared. La Mesa del Sacrificio, una simple tabla con mantel limpio y remendado.

Autoritario, amedrentando el caserío, se levanta un edificio soberbio, de piedra de sillería, como una fortaleza. La sede de la administración de la mina.

La población minera consumía una vida de explotación y miseria, de vicio y promiscuidad. Estos hombres broncos, carcomidos por el odio y el alcohol, juntaron el elemento geográfico en el sentimiento humano para dar al lugar un nombre “Valdelinfierno”. No fue una humorada.

De allí, de “Valdelinfierno, huyó Juan. Sus sienas le golpeaban con fuerza.

¡América!, oscilaba como péndulo en el reloj de su afán.

–Anímate, hombre, le dijo un carretero, que le alzó en el camino.

Eres joven. Si yo pudiera...

Pero en cuanto su hijo fuera mozuelo le animaría a hacer lo que él no se atrevía, aunque le daría un dolor a la madre. Bebieron un trago.

–Nada, que no te asuste el charco. Aquí, ya ves, siempre pegado a la tierra, como lombriz. Ya me mandarás tus señas de América, ¡eh!

Vuelto al camino, Juan anduvo, anduvo, anduvo...

¿Qué distancia le separaba de la pesadilla de “Valdelinfierno”? Toda una esperanza, ¡América!

Juan llegó a la ciudad. Era de noche. La llamarada de las luces le atemorizó. No se atrevió a adentrarse. Pasó la noche a la intemperie. Nadie lo molestó. Las campanas de una Iglesia le despertaron al amanecer. Juan se acordó de su madre. Estaría rezando por él, sin duda. Era mujer de fe. Muchas veces la oyó decir: –“Por qué Dios me castiga así”, para en seguida allanarse diciendo: –“¡Hágase tu voluntad”.

En el pensamiento de Juan, Dios era una incongruencia. Le desazonaba. Y, sin embargo, no podías desprenderse de Dios.

Qué distinto el de la ciudad. Le daba vueltas la cabeza a Juan. Los vehículos; las luces; los escaparates; los hombres; las mujeres. Qué distintas de aquellas de Valdelinfierno, tristes y consumidas. Las mujeres de Valdelinfierno agotaban sus vientres dando hijos que consumía la mina. Pero estas de la ciudad...

Las miraba con embeleso, con admiración de cosa nueva, exótica para él. Algo exquisito que no sabría gustar. Y no las deseaba.

El Dios de la ciudad le parecía otro Dios a Juan. Cuántas veces oyó decir a las gentes de su lugar que estaban dejados de la mano de Dios.

“El Moro” escupía blasfemias cuando oía “semejantes memeces”. Estaba por darle la razón al brutal anarquista.

La ciudad era puerto de mar. Juan se pasaba la lengua por los labios para gustar el salitre que le dejaba el aire.

América estaba detrás de aquel mar ¿De qué lado? La esperanza se mostraba más cerca.

Juan encontró trabajo. Entró a descargar barcos. Sin embargo, como si un presagio le viniera a golpear con dureza, se mostró inquieto, desazonado. Le temblaban las carnes. La sola memoria de “El Moro” le producía asco y miedo. Qué repulsión sufriría cuando se le cruzó a la salida del puerto, disfrazado de vendedor de baratijas y le invitó a tomar una copa. “El Moro” también había huido de Valdelinfierno. Al día siguiente, “El Moro” caía acibillado por las balas de la Guardia Civil, cuando intentaba arrojar un cartucho de dinamita.

Juan sintió miedo. Le entró impaciencia por huir de nuevo. En el primer barco que pudo se metió de polizón. Así llegó a América. Al desembarcar fue detenido. Cómo, ¿en América también había policía y prisiones? Sí, pero también allí estaba don Lucas García.

Lucas García era un tipo castizo, fino. América no fue para él. Nunca se quejó.

–Vine por casualidad. Espoleado por ese cosquilleo que a los íberos nos lleva a correr tierra y aventuras; a hacer camino por el mundo. Lo demás no cuenta. Jamás he contado mi vida a nadie, querido Juanito. Aquí nadie tiene tiempo para escuchar al vecino. En América el tiempo corre más de prisa. Sólo el sentimental consulta el reloj. No obstante, la mayoría nunca llega a tiempo. Te digo esto para que te apliques el cuento. No te pongas excusas y trates de convencerte que para hacer fortuna es necesario tener buena letra. Claro, y ¿usted qué? –me dirás–. Yo, querido Juanito en mi largo patear por estas tierras, he hallado la fórmula de mi vida. América es mitad realidad y mitad imaginación. Entre una y otra hay que hacer de tripas corazón. Yo me he inclinado por la fantasía. Pienso siempre que América se ha conquistado a fuerza de

ilusión. A fuerza de ilusión llevo mi vida. Aunque me veas hecho un comerciante. Un vendedor de globos, que yo disimulo diciendo que soy vendedor de ilusiones al menudeo. ¡Qué ironía! ¿Verdad? Vendedor de ilusiones al menudeo, por calles y plazas de América. Globos redondos, rojos y guardas.

–Eres un lírico, Lucas, me decían los paisanos cargados con arcos de plata.

–Otra cosa, Lucas, que así no se hace negocio. Tienes que llevar género más surtido. Vamos como si dijera globos neutrales, libres pensadores, aptos para cualquier cliente sin distinción de cultos ni ideas políticas. Pero ahí los tienes, sangre y oro. Velarán mi agonía.

En fin, no te mires en mí. Yo soy un pobre diablo. En América se triunfa, se ama, se sufre, se fracasa. Y las lágrimas son más amargas porque no queda la esperanza de los desesperados: ¡América!

Juan se inclinó por la realidad, dura y agresiva. Quiso hacerla suya. No le importó el precio del fracaso.

–Los españoles nos avergonzamos del fracaso. Quedamos inmóviles, hechos añicos, como nuestros sueños.

–Se exagera.

Juan luchó inteligencia, obstinado, sin jactancia. Quiso alcanzar fortuna, triunfar. Para eso había venido a América. Su voluntad no se quebró en ningún momento. Se le rajaron las carnes. Bebió el sudor de su esfuerzo. Miró siempre adelante, porque adelante estaba la esperanza que le separaba del Valdelinfierno. Nunca olvidó su sangre ni su tierra.

En América hay estrellas distintas. Llanos sin horizontes. Horizontes infinitos. Como su esperanza.

Juan León sólo logró dar testimonio de su tesón. La fortuna le toreaba. Como a tantos.

–Che, que había sido “churo” el “gallego” para el “laburo” le dijo el criollo. Juan contaba sus primeros dineros ganados. Eran suyos. Podía hacer de ellos, lo que quisiera. Regalárselos a la Teófila, la del lenocinio. O gastárselos con aquellas mujeres que se entregasen y que antes le parecían inaccesibles.

Notó que su ser primero resquebrajaba. Se había descuidado. Vivía intensamente la fábula de la esperanza sin cruz, que en Valdelinfierno le parecía ignota.

Dios, el Dios incongruente de su pensamiento se resolvía en amable nebulosa. En América todo es más suave. Lo bueno y lo malo. Y, sin embargo, Juan sentía la dentellada de la vida como mordisco de víbora. Bocado a bocado iba dejando lonjas de su ser.

–No te me vengas a achicar ahora, le advertía el señor Lucas. La vida empitona, claro, pero prefieres quedarte en el burladero al primer revolcón ¿Dónde están los hombres de mi tierra?

Juan se enardecía. Saboreaba los escasos momentos vividos. Renacían sus ansias de triunfo. Volvía a luchar con ardor, con la misma esperanza primera. El fantasma de Valdelinfierno le acosaba. América otra vez se le marca en el cuadrante de su afán.

“Cuando a uno la taba vida le sale culera, es al ñudo, gallego” –le comentaba el criollo–.

Como el quebracho, que no llegó a hacerse escultura, iba quedando Juan sin fibras quebradizas que le traicionara.

Una quietud ascética y un silencio sangrante, sin reproche, llenaba el vacío de su ser, animado, todavía, de una esperanza, cada día más débil.

La realidad había sido más fuerte que su voluntad. Una realidad cruel, sin piedad. América es mitad fantasía y mitad realidad. En América se ama y se sufre; se triunfa y se fracasa, que es la muerte más triste.

Juan eligió la realidad. Lucas prefirió la ilusión. Qué más da.

Lucas se esforzó por no morir. Había descubierto el misterio de la vida y de la muerte vendiendo globos, rojos y guardas, por las calles y plazas de América. Y, sin embargo...

– ¡Qué hay, señor Lucas!

– Que nos estamos desinflando para entrar en órbita, Juanito. Qué incongruencia, ¿Verdad?

– No le entiendo, señor Lucas. (Demasiado bien le entendía).

– ¿Ves esos globos? Pues son como el reloj de mi vida. Ya les queda poco aire en la clepsidra.

– No diga tonterías, hombre.

– Ha llegado la hora de la verdad, Juanito. Se acabaron los faroles.

Juan se mordió los labios.

Un breve silencio fue roto por el suspiro de un globo.

– Juanito, desclava la pata de esa silla. Está hueca... bien, ¿cuánto hay? Son mis ahorros de treinta años de vender globos, rojo y oro, por las calles y plazas de América. No puedo más. Con ello me necropolizas como a hombre civilizado... No pude juntar para hacerme tierra de mi tierra... de mi España. Aquello hubiera sido otra cosa. En eso se me frustró la ilusión

Juan no resistía. Se asió a los barrotes de la cama para no caer.

– Mira esos globos cómo suspiran, Juanito... Hazme un favor... Vete en busca del padre Crescencio... Quiero darle un abrazo... No pierdas tiempo.

Juan volvió en un santiamén con el sacerdote. Lucas estaba en el postrer jadeo. Su mano derecha pretendía retener el empuje de los globos caídos en el suelo, totalmente desinflados.

El padre Crescencio puso el Crucifijo en los labios de Lucas y le signó con los óleos.

Lucas había muerto definitivamente. No era ilusión.

– Fue un hombre bueno, –exclamó el sacerdote.

– Fue un hombre bueno –repitió Juan–.

Ingeniero Puente

El Camino de regreso al campamento que habíamos elegido ese día era tal vez largo, pero compensaba el hecho de que por Alto La Viña había siempre poco tráfico y se podía correr más velozmente.

Veníamos charlando animadamente los tres, algo apretujados dentro de la cabina de la camioneta. El ingeniero Dupont nos contaba su enésimo chiste, interrumpido sistemáticamente por el ingeniero Jesús con su pedido de aclaraciones; mientras, yo leía en voz alta los principales títulos del único diario de Jujuy. Era algo extraordinario que, entre contar, interrumpir y leer el diario al mismo tiempo, pudiéramos entender lo que decíamos los tres; pero así ocurría y no nos interesaba siquiera comprender el cómo o el por qué.

El camino sinuoso cruzaba un inmenso bosque de eucaliptos que, comenzando por donde se hallaba un hermoso hotel de turismo, de propiedad de la provincia, iba perdiéndose en la lejanía. Del asfalto, se levantaba un tenue vapor por la reciente lluvia caída y se olía el fragante aroma que expedían árboles y pastos levemente azotados por el temporal.

Justamente en donde comenzaba la curva que parecía marcar el inicio de esos interminables bosques, a un costado del camino, se nos apareció de improviso la silueta de un “cana”. Primero en divisarlo fue el ingeniero Dupont, quien advirtió:

– ¡Cuidado! Estamos por tropezarnos con la “autoridad”

Un brazo extendido hacia nosotros con la palma de la mano bien abierta nos hizo entender que debíamos pararnos al lado de esa “autoridad”, así que el ingeniero Dupont viró bruscamente hacia él causándole un cierto susto.

– ¿De dónde vienen?, preguntó el vigilante, sin siquiera molestarse o fatigarse en saludar.

– ¡De allá!, indicó Dupont, mirando hacia atrás.

– ¿Y a dónde van?

– Allá, contestó, aún más lacónico Jesús, mostrando un punto en el infinito con el brazo tendido hacia adelante.

– ¿Tienen documentos?

– ¡Sí!, contestamos, al unísono, los tres.

– ¿Cómo se llama usted?

– Juan Puente, afirmó, serio, Dupont.

– ¿Y usted?

– Juan Cuneta, sonrió Jesús.

– Juan Baden, me apresuré a informar yo.

– ¿Es usted extranjero?

– Sí. ¿Cómo lo adivino?

– Por su apellido.

Algo de sudor frío corrió por mi frente, pero me tranquilicé enseguida viendo al “cana” anotar sobre su libreta mi flamante apellido con la “v” “Vaden”.

Nos costaba tremendamente no romper en una carcajada. La cara impasible de la “autoridad”, anotando quien sabe qué en su libreta, nos hacía temer que, de un momento a otro, se diera cuenta de la broma y nos la hiciera pagar cara. De improviso pareció percatarse de algo raro, nos miró fijamente por unos largos e interminables segundos haciéndonos palidecer y exclamó.

– ¡Qué raro! ¡Y qué extraña coincidencia!

– ¿Cuál?, preguntó, con voz insegura, Jesús

– ¡Vuestros nombres!, respondió al parecer muy intrigado, el vigilante.

Un escalofrío recorrió nuestros cuerpos y ya nos vimos camino a la comisaría para aclarar nuestra nueva identidad, cuando el “cana” mirándonos otra vez fijamente, comentó:

– ¡Fíjense la casualidad: los tres llamarse “Juan”!

Don Hilario Apaza

Criollo de pura cepa, robusto como un toro, panza y trasero súper desarrollados, dando un perfecto equilibrio a su persona; cabellos negros y enrulados; boca ancha y sensual, con unos formidables dientes especiales para comer asado en tiras o desgranar choclos; gran catador de damajuanas enteras de vino común y malo, don Hilario, además de ser el prototipo del cacique nato, también era camionero, contratista de áridos, contrabandista, obrajero, constructor de lo que fuere, jugado de taba, sapo o naipes con tal que fueran todos marcados, y gran pendenciero cuando el vino mal lo aconsejaba. Era, en definitiva, el hombre indispensable para quien, siendo zapatero, quisiera hacer fortuna como herrero. Era increíble que con tantas especialidades nunca hubiera hecho fortuna.

Fabricaciones Militares, en esos años, se destacaba de las demás reparticiones oficiales como la peor pagadora. Desde que se había ido el general Martigena, que gustaba abrir la puerta del despacho del ministerio de Economía de un solo y enérgico puntapié, no había dinero siquiera para pagar lo que más producía esa gran empresa: deudas. Los certificados de obras y de mayores costos de los contratistas, se pagaban solamente cuando adquirirán un tinte amarillo pálido garantizando su añejamiento en la repartición, y si bien la inflación ese entonces era “regulada” y los intereses no eran exageradamente altos, la gran repartición, salomónicamente, no reconocía ni la una ni los otros.

El establecimiento tenía administración y recursos propios toda vez que le convenía y una cosa que a todas luces no le interesaba y concernía, era el pago de los certificados de obras de las empresas contratistas, que debía realizar la Dirección General con sede en Buenos Aires.

La construcción de las obras contratadas por “Bellomo” iba adelante a tirones y saltos de matas por falta de fondos suficientes y, no obstante los obreros nos aceptaran los bonos 9 de Julio, que muy pocos comerciantes recibían, vales de proveeduría que muchas rechazaban y promesas de toda índole que nadie creía; las cosas se nos estaban poniendo muy negras. Decidimos entonces, participar en algunas de las licitaciones privadas con la que el establecimiento pedía cotización de precios para el desbosque, destronque y desraizamiento de unas mil hectáreas de terrenos boscosos ubicados en cerros de su pertenencia. En esas hectáreas, el establecimiento había plantado, a trabajos concluidos, unos cuantos millones de eucaliptos los que formaría una futura reserva de leña para hacer carbón para sus hornos. De contratar estos trabajos, podríamos contar con certificados de pago librados directamente por el establecimiento, más fáciles de cobrar por tener a sus tesoreros más a mano. Estudiamos precios y condiciones, discutimos los unos y las otras con Apaza y nos presentamos al concurso con tanta mala suerte que lo ganamos.

Abundaba la mano de obra en el interior de la provincia y especialmente en los obrajes, en crisis en este país, desde que se inventaron. Don Apaza puso en condiciones, muy relativas por cierto, a dos de sus menos destartados camiones y en sucesivos viajes consiguió traer a unas doscientas personas entre haceros, sus dignas concubinas o rejuntadas y relativos hijos legítimos, ilegítimos o recibidos de yapa. Con palos cortados de los mismos bosques a desboscar, con chapas de zinc, de cartón, de aluminio o de tachos descuartizados y enderechados a martillazos, construyó unos larguísimos tinglados y por r paredes colgó lonas y bolsas de arpillera, ellas también descuartizadas. Jamás he visto a las “favelas brasileñas”, pero estoy convencido que don Apaza se inspiró en ellas para construir su campamento. Lo importante era que las chapas

protegían de las lluvias y del rocío, y que las bolsas y lonas reparaban algo del viento que solía azotar de vez en cuando esos parajes.

Don Apaza se parecía realmente a un cacique en medio de toda esa turba. Con su camión más destartado, traía todas las mañanas algo de carne, yerba y mucho pan que distribuía a su gente que lo recibió emitiendo unos gruñidos poco humanos y hacía gestos inhumanos del todo.

Había yo conseguido que la proveeduría oficial del establecimiento me abriera una cuenta corriente, con la garantía de los trabajos que estábamos ejecutando, para que Apaza pudiera retirar todos los días la mercadería suficiente para que su gente no se volviera caníbal y se lo comieran. Conseguimos así sobrevivir hasta la emisión del primer certificado, que en enseguida fue secuestrado por la proveeduría oficial, que así siguen entregando más mercadería para la gente de Apaza.

Se trabajaba duro y parejo, de sol a sol cuando éste había, o bajo la lluvia y llovizna cuando las teníamos a éstas, sin descanso y sin alegría, porque lo que se cobraba alcanzaba apenas para amortiguar o engañar el hambre de los hacheros y sus numerosas familias. Don Apaza, en su investidura de cacique, administraba a sus doscientos semi esclavos con indulgente severidad y repartía más cachetazos que justicia y más justicia que dinero.

Apaza solía jactarse de que no conocía el miedo y eso era muy cierto, por cuanto jamás se lo habían presentado formalmente. Recuerdo que un día que estaba charlando con él, dentro de su carpa, entró sin siquiera saludar a un coya cuya cara, por sí sola, hubiera hecho desmayar a cualquier mujer civilizada que se la hubiera visto. Sin más ni más, medio mareándome con su acre y asqueroso aliento a vino repodrido, clavó su largo cuchillo sobre la mesa ante la cual estaba sentado Apaza y lo amenazó:

– ¡O me paga ya no más todo lo que me debe, o por mí hablará este cuchillo!

Imperturbable don Apaza sacó en un santiamén, de no sé dónde, un revólver de aquellos que hicieron historia en la guerra con Paraguay y, colocándolo a lado del cuchillo, exclamó:

– ¡De seguro que este revólver sabrá contestarle! Así que tú sobras acá y si no te mandas a mudar enseguida, ¡te sacaré a patadas limpias en tu asqueroso trasero!

No había terminado aún de salir el coya, cuando entró otro cuya fealdad no tenía nada que envidiar a la del primero. Para no perder la santa costumbre, tampoco el nuevo visitante saludó y obviando todo preámbulo, gritó:

– ¡O Condorí me devuelve a la Rosaura o lo achuro a usted y luego a él!

– ¿Quién es la Rosaura?, preguntó con indiferencia don Apaza.

–Es mi señora, proclamó el intruso.

–No estaba enterado de que te hubieras casado.

–Bueno... me juntó con ella...

– ¿Condorí la obligó a irse con él?

–No lo sé ni me interesa. Quiero que la devuelva, porque necesito que alguien me haga la comida y me lave la ropa

–Dime, Choque, antes de que tú te juntaras con la Rosaura, ¿con quién estaba ella?

–Con ese atorrante de Quispe.

–Conociéndote a ti, me pregunto ¿qué negocio habrá hecho la Rosaura dejándolo a Quispe? Y conociéndolo a Condorí, ¿qué clase de otro brillante negocio querrá hacer? En fin, mi buen Choque, dile a Condorí que si no la manda a la Rosaura a lo de Quispe en menos de una hora, los saco a patadas del campamento a los cuatro.... ¿Entendido?

Una semana después, estando en mi oficina del campamento, oí afuera el ruido que hacía el camión de Apaza sacudiendo su chatarra al llegar. Algo jadeando, me informó:

–Traigo a la Rosaura.

–¿A mí?

–Está muy enferma. No creo que se salve de esta.

–¿Qué es lo que tiene!, pregunté alarmado.

–¡Qué es lo que tiene!, me retrucó el cacique.

–Llévala, entonces, al hospital de Jujuy. Tomá mi camioneta y apurate.

Transcurrieron dos días y aparecieron en el campamento Choque, Condori y Quispe. Extrañado de verlos juntos, les pregunté:

–¿Qué es lo que les trae aquí?

–Vinimos por lo de Rosaura

–¿Cómo está ella?

–Ha muerto esta mañana, contestó Quispe.

–Sin sufrir, aseguró Condori.

–Lo lamento, atiné a responder.

–No tiene porqué, me contestó Choque, ¡la pobre ya no servía!

Condori y Quispe asintieron. Hicieron un gesto de saludo y se fueron lentamente. Ya no vivía la Rosaura y se había acabado la rabia entre ellos. ¿La rabia? ¿Existe acaso ella entre ellos?

Mandé enseguida un cajón de botellas de vino común al campamento de los hacheros. Apaza había entregado otro. Para el duelo. Así se estilaba entonces.

Cuando se lo comenté a Apaza, no se sorprendió para nada. Moviendo tristemente la cabeza, me confió:

–En el monte se sobrevive, nada más. Quien ya no sirve: ¡Sobra! Y se lo tira. Simplemente como un trapo viejo e inservible.

Don Carlos

Boliviano de pura cepa y asceta. Dos cosas éstas evidentemente contradictorias. No porque un boliviano no pueda ser asceta, sino porque un asceta no puede ser boliviano. Este es un asunto que siempre quise aclarar y por fin estoy contento de haberlo hecho.

Además, de ser boliviano, se creía argentino. Es un poco lo que nos pasa a todos los extranjeros, llega el momento en que uno ya no sabe qué es, porque si bien no ha dejado de amar a su patria nativa, también ama a ésta, en la que reside desde hace muchos años, con seguridad, más de lo que vivió en la primera. Y estos pensamientos son también ellos contradictorios.

Hace años que mi socio don Pedro y yo poseemos una finca a la que llamamos estancia, porque, no obstante tengamos una vaca lechera en ella, satisface nuestro espíritu de contradicción. El hombre en general, antes de expirar, suele cometer bastantes estupideces en su vida y don Pedro y yo no hemos sido nunca una excepción a esta regla: una de las tantas que cometimos fue comprar esta finca-estancia. Nuestros vecinos, un tiempo, la llamaban la “Finca de Oro”, no porque ella fuera de oro o de ese color, sino por el que tiramos en ella. Todos nuestros ahorros siempre se diluyeron en ella y jamás volvieron a aparecer. De ello estoy tan seguro, que hasta desafío a los de Impositiva para que me demuestren lo contrario. Por supuesto, esta no es una invitación para que ellos se metan en mis otros asuntos.

Don Pedro jamás fue un agricultor. Estanciero tampoco y finquero, menos que menos. Después de haber comprado la tal estancia, que no era otra cosa que un enorme campo lleno de espinillos y yuyos, la alambró totalmente, para evitar que algún animal suicida penetrara en ella, se perdiera y se muriera de hambre y de sed. Luego decidió cultivar parte de ella y solamente en el primer año logró tal éxito que pudimos festejarlo comiéndonos la única sandía que se logró cosechar en medio de tantos yuyos. Decidimos recurrir, entonces, a un hombre de experiencia que nos la administrara y nos encontramos frente a don Carlos que, si bien no era precisamente un hombre de campo, tenía una cierta experiencia agrícola adquirida en la pequeña huerta que tenía en el fondo de su casa. Se hizo comprar enseguida un caballo y como también era un buen entendedor de animales por haber tenido en su casa perros y gatos, logró comprar un matungo que cuando estaba apurado marchaba a la velocidad horaria de un kilómetro. Tardó una semana entera para recorrer toda la estancia, al cabo de la cual nos hizo un informe detallado sobre la misma. Nos enteramos así que había garrapatas al por mayor, centenares de víboras y arañas, yuyos hasta decir basta, sapos sedientos metidos en lagunas de agua podrida, espinillos increíblemente desarrollados y toda el agua potable que se pudiera recoger cuando lloviera. Como consecuencia de esta paciente y prolija inspección, nos aconsejó que plantáramos zapallos y porotos, y nosotros aceptamos tan sano consejo con mucho entusiasmo.

Don Carlos se puso a la obra al día siguiente. Empezó por la parte de la estancia que estaba solamente enyugada y sembró enseguida los zapallos. Siguió desyuyendo y plantó unas doscientas hectáreas de porotos. Una media docena de peones lo secundaban a las mil maravillas y el tractor que había alquilado, salvo el pequeño detalle de que se paraba a cada rato y que había que empujarlo porque no tenía arranque, rugía ininterrumpidamente, como si estuviera enojado

de encontrarse en semejante lugar. Se consiguió cosechar una extraordinaria cantidad de zapallos y don Pedro, eufórico vino a verme para informarme:

–¡Hemos cosechado montañas de zapallos de todos los tamaños y colores! ¡Hay miles y miles de ellos, como para inundar todo el país!

–¡Te felicito!, ¿lograste venderlos todos?

–Hasta ahora, ¡ninguno! Parece que este año ha sido muy bueno para los zapallos y muy malo para su venta. Es lo que pasa siempre: cuando un año resulta bueno para algún producto a éste se lo tira por no tener precio.

–¿Entonces?

–Hemos tratado de conseguir compradores inútilmente, pero tenemos una muy buena perspectiva en vista.

–¡En buena hora!

–Hay solamente un pequeño detalle...

–¿Cuál?

–La “perspectiva esa” ha aceptado, en principio, cobrarnos una insignificancia para llevárselos.

–¿Cómo?

Para evitar posibles pestes, es conveniente que se lleven los zapallos antes de que éstos se pudran. Pero, mi querido socio, el gran negocio no era éste precisamente.

–¿Cuál sería, entonces?

– ¡Los porotos! Pero deja que te lo explique don Carlos... y don Carlos explicó:

– Tenemos como doscientas hectáreas de porotos que están creciendo maravillosamente bien, a la sombra de los yuyos que los protegen del calor infernal y del solazo que está castigando a los campos en estos días. Ni siquiera se ven, tan bien están escondidos bajo los yuyos.

– ¿Cuál sería el negocio que me decantó don Pedro?

– Me dedique a hacer un cálculo estimativo de la cantidad de porotos que obtendremos de la cosecha. ES increíble las toneladas que de ellos tendremos.

–¿En qué se basan sus cálculos?

–Escúcheme con atención: estudié una planta de porotos que estaba en la orilla de uno de los campos. Evidentemente es el resultado de una semilla caída allí por algún descuido.

–Habría que evitar tales descuidos, recomendó don Pedro.

–Por supuesto, dijo don Carlos, todavía no es posible entrar dentro del yuyaral porque, para nuestra buena suerte, nuestros yuyos tienen tantas espinas que van a impedir a los animales entren en él y nos pisen los porotos.

–¡O nos lo coman!, se espantó don Pedro.

–Exactamente. Volviendo al grano: conté en esa plantita dieciséis vainas. Cada vaina contenía un promedio de nueve porotos. Calculando que hay una planta cada treinta centímetros, en una sola hectárea tendremos millones de ellas, ¿no es cierto?

–Habría que hacer un recuento, sugirió don Pedro.

–No hay tiempo, cortó tajante, don Carlos y continuó: Estas millonadas de plantas serán suficientes para llenar unas dos mil bolsas por hectárea, a “grosso modo”. Calculen ustedes: dos mil bolsas por doscientas hectáreas, hacen exactamente una cosecha de cuatrocientas mil bolsas.

–¿Tantas?, me sorprendí.

–¡Me quedé corto! Así que con don Pedro decidimos no vender a los acopiadores locales, sino exportar directamente.

–¿A quién?

–De ello se encargará don Pedro, quien aceptó viajar a Buenos Aires para tratar el asunto personalmente con las empresas extranjeras interesadas.

Don Pedro viajó, tomó los contactos del caso y regresó muy satisfecho del resultado de su viaje. Don Carlos hizo nuevos cálculos y estimó que con el porcentaje que le correspondía por su trabajo habría podido vivir el resto de sus días como un gran bacán. Don Pedro ya hacía proyectos de radicarse en Europa para atender personalmente la venta de futuras cosechas y yo me preguntaba, intrigado, el porqué no todos los poroteros eran millonarios.

Vino el tiempo de la cosecha, llegaron las máquinas cosechadoras y entraron en los campos a trabajar. Y demostraron que los cálculos hechos por don Carlos habían sido exactos en cuanto concernían a la cantidad de bolsas, pero no en lo referente a la clase del producto. Cuatrocientas mil bolsas de semillas de yuyos habrían podido sacarse de haberse persistido en la cosecha. Como no se persistió, aun queda en nuestro recuerdo la esbelta figura de esa planta de porotos de dieciséis vainas, la única que tuvo el coraje de hacerle frente a doscientas hectáreas de yuyos súper desarrollados.

Don Federico

Si se llamaba de verdad Federico, no lo recuerdo, pero sí me acuerdo perfectamente que era, por aquel entonces, uno de los jefes de la Mina. Por su acento, no era precisamente nativo del lugar y hasta me atrevería a firmar que no era siquiera de este continente. Hombre alto, más bien delgado, exhibía, a menudo, una nariz tan colorada que nada tenía que ver con los buenos vientos, que de vez en cuando corrían por el lugar. Si bien le gustaba el buen vino y también el malo a falta de otro, en compensación, andaba loco por las maestras a las que quería de una manera muy ortodoxa y peculiar, no siendo retribuido más que en raras ocasiones.

Hombre muy modesto, don Federico ocultaba tan bien sus virtudes, que nadie nunca pudo descubrirle siquiera una y, era tan generoso con sus defectos, que cansaba a cualquiera a quien quisiera enumerárselos. Su obsesión constante era que los de la Administración le liquidaran mal sus haberes y conservaba todos los duplicados de las liquidaciones por si algún día encontrara el “homo sapiens” que sabría revisárselas.

Nuestro inspector de obra, empleado fiel del establecimiento y encargado de amargarnos nuestra estadía en la Mina por todo el tiempo que duraran los trabajos que habíamos contratado, se llamaba Manzano. O algo fonéticamente muy parecido. Pienso que aún se llame así, aunque ese fuera su apellido de soltero que luego conservó cuando se casó. No habiéndose, que yo sepa, divorciado de su legítima mujer, estoy convencido que sigue llamándose así por no tener necesidad alguna de cambiárselo. De estatura normal, tenía puesta sobre el frente de su cabeza un rostro tan indescifrable, que ni siquiera el mechón de cabellos castaños que le caía sobre la amplia frente lograba humanizarlo. El tronco delgado, que con la ayuda de un cuello más bien largo sostenía esa cabeza, poseía en la parte superior dos cortos brazos terminando en mano gruesa cada uno y, en la parte inferior, y exactamente a continuación de un traste, que daba hasta lástima a hombre de pocos pelos en pecho, en dos delgadas piernas que flaqueaban bastante cuando querían trasladar esa pobre humanidad por los empinados caminos de la Mina. Constituía todo eso que describo la constante pesadilla de nuestro ínclito ingeniero Jesús, quien a veces se quejaba conmigo:

–¡A ese Manzano un día de éstos lo mato!

–Siempre prometes y nunca cumples ¿Qué te hizo hoy?

–¿Te acuerdas que ayer me felicitó por lo bien colocados que estaban los azulejos en el pabellón cinco?

–¡Como para olvidarlo! Nos lo contaste un centenar de veces, y luego me lo repetiste entre los ronquidos y silbidos de tu mal dormir.

–Ese gran hijo de animal femenino y perruno, hoy, con un martillo, rompió un centenar de azulejos gritando como un condenado que estaban mal colocados.

–Y tú, ¿cómo reaccionaste?

–¿Hubieras reaccionado tú con ese energúmenos con un martillo en mano?

Había fiesta en el campamento de los “Binda”. También nosotros habíamos sido invitados, juntamente con don Federico y con Manzano. La invitación había sido cursada a las maestras, a todas, menos a una que era la fea, y por ende, las más seria del grupo. El vino corría abundantemente en los gatzates masculinos y en las gargantas femeninas, alegrando a todos, y en especial a don Federico que ya no distinguía una damajuana de una maestra. Cuando ya la dosis de vino que podía aguantar llegó a su tope, su alegría se trocó de súbito en una gran tristeza y empezó a rememorar hechos insólitos de su vida olvidando ya que un insólito de la vida era precisamente él. Manzano lo escuchaba moviendo suavemente sus grandes orejas, y ello pareció causar buena impresión a don Federico, que se decidió a confiarle su duda tremenda de que el

establecimiento le liquidara correctamente sus haberes. Sin siquiera pestañear, Manzano le sugirió:

–Vea, don Federico, como usted, criollo ciento por ciento, no lo es ni aparenta serlo, puede darse el caso de que algún nacionalista nato de los que nunca faltan en los grandes establecimientos, lo quiera perjudicar a simple título de maldad. Yo también soy un nacionalista nato por haber nacido así, pero de una rama distinta que no se interesa en eso de alterar liquidaciones de haberes de jefes de minas. Si a usted le interesa, estoy dispuesto a acompañarlo a su casa con el sólo y exclusivo objeto de controlar todas esas liquidaciones que usted conservó.

–¿Sería usted capaz...? , exclamó, entre hipos y sollozos, el buen don Federico.

–¡Soy capaz de eso y de mucho más!, lo tranquilizó Manzano. Y jamás en su vida había sido tan sincero, tanto es verdad, que al considerar detenidamente lo dicho no solamente se conmovió sino que hasta se asustó.

Cantaba el gallo, estúpidamente y sin ningún provecho al alba, cuando, directamente de la fiesta nos íbamos melancólicamente al trabajo. El sol, aún escondido allá en el levante, teñía de rojo, quien sabe cómo el horizonte iluminando débilmente el cerro. Pasando frente al chalet de don Federico, notamos que la pieza que daba al frente y que él usaba como estudio, estaba iluminada. Pensando que tal vez el hombre estuviera algo indispuerto por las fuertes libaciones con las que se había castigado, decidimos correr en su ayuda. Correr como correr

JI

I

–¿Todo BIEN, doctor?, preguntó con voz temblorosa Robi, luego de arrojar la colilla al piso, desaprensivo en su emoción de padre primerizo, ojeroso y transpirado.

–Claro, mi amigo ¿Por qué no habría de serlo...? Un parto fácil, pese a que su señora es muy joven. Se repone muy bien...

–Pero... ¿El niño...? ¿O niña...? Diga, diga, doctor...

–Bueno, bueno... Calma... Es un varoncito precioso, muy saludable; ya habrá oído sus primeros chillidos... Claro... Hay un pequeño detalle, pero no es para afligirse.

Robi imaginó en seguida lo peor, algún detalle precoz de oligofrenia, alguna malformación horrible. El loco mecanismo de su mente pensó en mil cosas feas e irremediables.

–¿Qué, doctor...? Diga pronto, por favor...

Usted me dice que es saludable, lindo, pero me oculta algo...

–No hay nada que ocultar, joven, porque es bien evidente. Nada para afligirse... El niño tiene sólo cuatro deditos en cada pie, pero muy bien ubicados... Creo que peor hubiera sido hallarnos con un caso de aquellos dedos que no todo padre acepta y lleva a extirpar estos supernumerarios...

–Pero, doctor... Nosotros somos sanos, de excelentes antecedentes físicos en la familia. ¿Por qué, doctor...? ¿Por qué nos tiene que pasar esto a nosotros precisamente...?

–¡Caramba, Robi!, así le llaman, ¿sí? Usted le está dando a esto una connotación tremendista. Su esposa ya lo vio, y nada le repele en el niño, ha tomado esto con mucha tranquilidad. Y vea usted... No podemos decir que se trata de un caso teratológico, en el sentido de algo monstruoso... Insisto en que, de momento, los piecitos del bebé son simétricos, muy bien conformados, y hasta me atrevería a augurar que cuando grande tendrá muy buen andar, un paso descansado ¿No ve que ciertas teorías evolucionistas hablan desde hace tiempo de que el hombre del futuro, de un futuro tal vez muy remoto, perdería en el camino ese dedito pequeño que sólo sirve al hombre moderno para sacarse callos...? No digamos que se habla de notorias modificaciones en la conformación craneana al influjo de siglos de una dieta modificada, de los estímulos cerebrales y el desarrollo del volumen encefálico, etc.

–Sí, pero insisto, doctor, ¿Por qué, por qué?

–Bueno... Podríamos decir de una mutación espontánea, para nada perjudicial ni antiestética. Más adelante examinaremos la estructura de tarso y metatarso... Me atrevo a asegurar que hay en ellos una modificación correlativa con la de los dedos.

–Gracias, doctor, gracias. Iré a ver a Lena y al niño...

–Vaya, vaya... Esté usted tranquilo.

Antes de entrar en la habitación, se compuso Robi la presencia, sus cabellos, el gesto. Pero no pudo reprimir sus emociones de hombre amante de padre novel. Luego de los besos y antes de que hubiera comentario alguno, Lena puso un dedo sobre los labios de Robi imponiéndole silencio, sofocando cualquier aflicción. Ambos se inclinaron contemplando con arrobamiento el hermoso bebé, que en ese momento dormía.

II

Pasados algunos días, y los exámenes previstos por el médico, el pediatra confirmó con la prueba radiográfica que, efectivamente, había una modificación en todo el pie, aunque para nada cabía suponer problemas futuros. Para entonces y superados aquellos primeros momentos de inquietud, otro descubrimiento vio a perturbar la calma de la pareja: los ojos del niño definieron ya el color del iris, un color que luego de discutirlo dijeron era de chocolate claro. No castaño o marrón, que no es sino lo mismo; tampoco café. Chocolate, brillante y vivaz. Aunque repararon en que las pupilas no achicaban el diafragma en igual forma ante la luz, sino convirtiéndose en una raya negra, más no como en el caso de los gatos, sino en una raya horizontal.

Nuevos exámenes. El afamado odontólogo que consultaron tampoco supo explicar el caso sino como una mutación espontánea, que al parecer y hasta ese momento, en nada afectaba la función ocular, la visión.

—Quédese tranquilo, Robi. Todas las pruebas que ustedes han visto satisfacen ampliamente. Excelentes reacciones a los estímulos luminosos, tal vez una mayor agudeza visual que le corriente. Bueno, la apertura de la pupila en sentido horizontal... No puedo explicarlo. En nada perjudica al año; por el contrario, creo que tal vez en un futuro le dé una mayor amplitud de campo. Y todo en un bello rostro, en un cuerpo armónico...

Vea que los pájaros y algunos mamíferos, como el conejo, logran las ventajas que presumo, con los ojos colocados en los costados de la cabeza...

Y así fueron transcurriendo los meses, la lactancia, con notorio crecimiento del niño. Claro, que vino el momento de reforzar la dieta con alimentos sólidos, papillas de vegetales, fruta, grasas livianas, carne, etc. En ello surgió algún problema. El niño no admitía ni consintió nunca en ingerir carne, de ningún tipo ni en forma alguna que le fuera presentada. El pediatra y consultores convinieron en que no peligraba la salud del bebé y sólo dieron algunas indicaciones para el equilibrio nutricional, no del todo vegetariano pero sí exento de carnes. Posteriores análisis confirmaron que el hemograma era normal, como el aspecto general y la complexión del niño.

Vinieron los primeros pasos, quizás un caminar temprano, pero muy seguro y con gracia, con giros e inclinaciones sorprendentemente ágiles.

Así fue esperándose que Loui, como se llamó al niño, pronunciara algunas palabras. En su lactancia sólo emitía gorgoritos alegres, o el llanto ocasional y normal. Pero, a poco más de un año, tan sólo eso. Luego de los estímulos apropiados y de una inquieta observación, sólo obtuvieron los jóvenes padres sus propios nombres: “pa”, “ma” y “ti”, “no”, en afirmación o negativa. Cuando se trató de dar conciencia de su persona al niño, luego de reiterar con señas las palabras ¡hijito!, “hijo”, hubo la respuesta de un rotundo “no”, mientras sorprendentemente el ñinito dijo repetidamente “ji” señalándose el pecho. Se tomó aquello con gracia y desde entonces fue llamado como él lo impuso: Ji...

III

Pero, la paciencia y la confianza esperanzada fueron desvaneciéndose según pasaron otros meses, sin que se obtuviera alguna palabra más de Ji. Pese a que había normal actividad lúdica, interés por el entorno, por las personas, el niño no hablaba.

Surgió entonces la palabra ominosa que revoloteaba en la mente de los padres: autismo. Hubo un primer examen siquiátrico que fue muy alentador, luego de un corto lapso de internación en un instituto especializado, período este de constante atención de los padres. Así fueron recibiendo en tanto alguna información:

Autismo deriva de la palabra griega ‘autos’, que significa ‘uno mismo’; es palabra que en siquiatría define la conducta de individuos humanos que son incapaces de comunicarse con el mundo exterior, salvo alguna forma elemental, pese a probarse buena memoria, habilidad práctica, vista y oído perfectos...

En este caso, decía el siquiatra, puede haber algún problema en el funcionamiento de las partes del cerebro que tienen que ver con las ideas abstractas y el desarrollo del lenguaje. Puede derivar de una excesiva lentitud en el crecimiento de esas zonas, o de alguna lesión cerebral orgánica. Descartamos esto último pues conocemos la historia clínica de padres y niño, de un parto normal, óptimo... Tampoco podemos atribuir causales a un déficit de la dieta, ya que el seguimiento clínico de este aspecto informa perfecta salud... no sé... Esperemos, continuaremos observando...

Por último, se determinó el reintegro del niño al hogar, sin un diagnóstico concluyente. No se trataba de un caso de esquizofrenia, pues el niño respondía normalmente a las caricias con gestos propios. NO había resistencia en la iniciación de hábitos de higiene. Sorprendentemente, superó con exceso las expectativas y los resultados corrientes de todo test que se le hizo en cuanto a habilidades, inteligencia, comprensión, etc.

–Esperemos, tengan confianza, no sabemos qué pasa; es un niño más que normal en todo otro aspecto. Solo le falta hablar más que esas pocas sílabas que ustedes obtuvieron. Le damos fe de que nada le fala para que pueda hacerlo: todos los partícipes de la fonación se hallan en buenas condiciones...

Volvieron pues con el niño al hogar. Un hogar feliz al que sólo le faltaban las charlas, chillidos y risas propias de un niño. Ji, reía con los ojos. Sin sorpresa sus padres vinieron a darse cuenta de que obedecían al niño, o que comprendían sus deseos y apetencias con sólo mirar sus ojos, sus grandes ojos de color del chocolate... Y a veces, sin verlos, pues no eran pocas las ocasiones en que hallándose Ji en el jardín o en el galponcito del fondo, alguno de ellos, Robi o Lena acudía con lo requerido por Ji, quien estaba en actitud de espera, complacido y riente en sus ojos de chocolate.

Ji, gustaba de toda actividad. Jugaba. Aparentaba leer, observaba las flores, las aves en sus vuelos, el cielo. En especial, el cielo, a donde dirigía su mirada serena y como atenta; en esas ocasiones Robi o Lena se apartaban como en instintivo respeto. Luego Ji venía buscando con la vista algún juguete o herramienta. Le encantaba las herramientas; Robi le había regalado un destornillador, una pinza de corte y punta y una llave de tuercas ajustables, de las llamadas ‘francesas’, cuando le vio revolver entusiasmado el cofre del automóvil. Hubo gran regocijo en los ojos de Ji, que corrió al galpón, donde pronto comenzó a desarmar el motor de un viejo lavarropas.

IV

Por entonces, contrariamente a lo que hubiera aconsejado la pedagogía para un niño corriente que apenas se hallaba en el quinto año de edad, quisieron imponer a Ji, el entretenimiento de la televisión, lo que el pequeño no aceptó. Parecía tener aversión al aparato, es decir, a sus programas, porque el aparato en sí motivaba su curiosidad. A veces rondaba alrededor observándolo o tentando empujarlo de sobre la mesita rodante, algo endeble, lo que motivó la represión materna.

Pero Ji no cejó en ello, pues a poco, un día oyó Lena el estrépito producido por la implosión del tubo del televisor. Corrió temiendo se hubiera lastimado, lo que no había ocurrido, aunque lo halló cerca de los restos del destrozado aparato, observando sereno mientras enrollaba un largo cordón. Sereno y pensativo, tal vez especulativo, mientras parecía evaluar el daño.

–Robi, mira lo que hizo Ji, dijo Lena cuando llegó el padre esa tarde, de regreso de su trabajo; destrozó totalmente el televisor.

–Bueno, un accidente le puede ocurrir a cualquiera... Ya llevaré esa chatarra al galpón para que juegue Ji.

–Sí, pero...

–Pero, ¿qué...?

–No, nada... bueno, no sé si es aprensión mía, pero me pareció que Ji se ingenió para tumbar el televisor desde la otra habitación... Cuando yo llegué estaba enrollando una cuerda larga, como satisfecho...

–¡Oh...! Creo que nuestras expectativas están alterando tus nervios. Aun así, estimo que es un acto normal de un niño normal. O casi normal... Pero, si quieres, conversaré con el doctor Fletcher.

En el galpón hubo en esos días paciente, silenciosa actividad de Ji, quien cuidadosamente cortaba los pedúnculos de transistores, desarmaba bobinas de brillante alambre de cobre, para luego devanarlo en otros pequeños componentes obtenidos del destruido aparato. Todo ello fue transportado y delicadamente instalado en una vieja pajarera de alambre arrumbada desde siempre bajo el tinglado.

En verdad, la pajarera merece describirse: alguna vez habría albergado muchas avejillas que alegrarían la casa con sus cantos y colores. Pero, vacía, se le habían quitado las patas y no quedaba sino la estructura, toda de alambre, que conformaba una arquitectura de pagoda. En efecto, era una pequeña pagoda china, como de la mitad del volumen de un cuarto de baño chico. Robi había unido sus dos puertecitas dejando una sola abertura mayor, para que pudiera entrar Ji y jugar, cuando vio el entusiasmo, el interés despertado por el cachivache en el niño.

V

Cuando vieron Robi y Lena la armadura emprendida por Ji, determinó aquel, entrevistar al siquiatra; no tanto para exponer una preocupación más, como para mostrar la ingeniosidad del niño y buscar algún sentido a todo ello.

–Veré si quiere el doctor Fletcher venir a mirar esto.

Aquella misma tarde llegó Robi con el médico, a quien juntamente con Lena condujo hasta el galpón. Allí estaba Ji, dentro de la pagoda de alambre, absorto, contemplando ‘su obra’, una complicada instalación de partes del viejo motor y de los rezagos del destruido televisor. Impresionaba como un laboratorio futurista, o tal vez una extraña cápsula espacial... Desde adentro, Ji miró fija y serenamente a su padre. Este fue hacia la casa y volvió con una linterna de la cual extrajo tres pilas eléctricas de tan sólo 1,5 V, cada una; con una sonrisa cariñosa las alcanzó a Ji, mientras Lena y el médico observaban entre intrigados y risueños.

Instaló Ji con presteza los elementos eléctricos en sitios que parecían haber sido ya preparados para ello; tomó luego las herramientas que le había dado su padre y las arrojó fuera por la puertecilla. Se quedó un instante en el centro de la estructura mirando a las tres personas con sus grandes ojos de chocolate, que tenían ahora un brillo muy especial, como si rezumaran amor. Extendió luego un brazo hasta una perilla que hizo girar, luego de lo cual agitó lentamente su mano en gesto de adiós; mientras, la pagoda, la jaula de alambre, zumbaba suavemente despidiendo un chisporroteo azulado y luminoso, en tanto comenzaba a desvanecerse, hasta que en menos de un largo minuto desapareció de la vista, así como su pequeño habitante o pasajero.

–¡Oh! ¡Ji...! ¡Ji...!, gemía Lena, como paralizada por la emoción.

Robi nada dijo. Sólo enjugó una lágrima mientras abrazaba silenciosamente a Lena.

Regreso a Casa

Con un corte de pelo que dejó mis sienes al descubierto, dejándole al peluquero los restos de una poblada cabellera, esparcida en el suelo, dirigí mis cortas piernas en rápida carrera hacia casa. Se había hecho tarde. El aire que producía al correr hacía estremecer mi cabeza, casi rapada. Al llegar a los límites del pueblo, cerraba ya el atardecer y amenazaba encenderse la Cruz del Sur. Detuve mi carrera, dudando de seguir o no. El llegar a casa me llevaría unos treinta minutos y sería mucho antes noche cerrada. Analizado la situación me di cuenta que no sabía cómo regresar y no veía, ni cerca ni lejos, ser humano alguno que se dirigiese en igual dirección. Luego de dudar unos instantes que hacer y rogando a Dios encontrar a alguien, decidí marchar hacia casa a pesar de la noche. Sobre el fondo del camino divisaba el apretujado bosque de eucaliptos que se alzaba amenazante.

El viento del atardecer los agitaba acompasadamente en una dirección, hasta que por la elasticidad de sus ramas volvían en sentido contrario; pasando por su vertical para llegar al extremo del péndulo. Las ramas blanquecinas, coronadas en sus extremos con apiñadas hojas, despertaban en mí, más que un recelo. Las ramas más altas simulaban gigantes tentáculos o garras, que dirigidas al cielo, parecían querer rasgar el firmamento o descolgar alguna estrella para hacerla añicos contra el suelo.

Y el camino, inexorablemente, me arrojaba hacia el seno de esas garras. Buscar un atajo era imposible, ya que no existía. Tragando saliva y mirando sólo un poco más allá de las punteras de mis zapatillas, apresuré el paso. De pronto, sobre mis espaldas, un galope tendido. Estaba irremediablemente cercado. Adelante sabía lo que me esperaba, y atrás ese galope tendido hacia mí. Y a la carrera, doblé el primer codo del camino y ahí, frente a mí, un potente haz de luz me dio de lleno en la cara. De pronto una voz que decía:

—¿Juan Carlos?, era mi padre.

El duelo de Manuelita

Un profundo silencio reinaba en la casa de don Patrocinio, tendido en su cama guarnecida de tallados y sostenida por columnas, a las que se les habían quitado pesados doseles y ornamentos para atender mejor al enfermo, respiraba con dificultad. Abrió, apenas, los ojos turbios y ya ausentes, y balbuceó el nombre de Manuelita. La fueron a buscar.

Manuelita llegó, tímidamente y se acercó a su marido. El moribundo, con esfuerzo le tomó la mano, que ella había puesto sobre las sábanas. El hombre no podía hablar y ella no acertaba decirle nada. Retiró suavemente la diestra, que apenas le apretaban y salió compungida del cuarto.

En la otra habitación la aguardaba la madre. –“No puedo mamita, no puedo. Tengo miedo de no contener las lágrimas”.

La madre se quedó mirándola, mientras ella corría a refugiarse en el gabinete de trabajo de su marido. Acurrucada en una butaca, descontenta consigo misma, de su cobardía, se fue sumiendo en disparatados pensamientos. Pasó la vista por los anaqueles de la biblioteca, esa biblioteca clausurada para ella, pero que, a hurtadillas iba devorando con fruición.

Allí estaba “La Comedia Humana”, encuadernada en fino tafilete, los tomos perfectamente ordenados, como si nadie los hubiera tocado. Pero ella los había ido sacando uno a uno, dejándolos, luego, cuidadosamente en su lugar. Solía leer en la penumbra, con la poca luz que se filtraba a través de un postigo mal cerrado o con la ayuda de una palmatoria, cuando se escondía debajo del gran canapé, donde debía tenderse sobre el tapiz en el suelo, dispuesta a apagar, presto, la llama, a la menor sospecha de una presencia extraña.

Tomó ahora “Lirio del Valle”, recorrió las primeras páginas sin poder concentrarse en la lectura, que poco a poco la fue atrapando. Ahora no tenía que simular. Si era sorprendida, podía aducir que estaba verificando la pulcritud de la limpieza o esconderse tras una cortina. Pero no, ahora respetaban allí su retiro.

Llegaba en su retiro haciendo sonar ostentosamente las cuentas de su rosario, portando un voluminoso misal, que denotaba a la distancia su carácter sagrado por el brillo de la Cruz incrustada en la tapa de cuero de Rusia. Nadie la inoportunaba. Sus pocos años no le exigían asumir toda la responsabilidad que debiera en este trance difícil, de velar un enfermo sin remedio. Su actitud piadosa, la disculpaba de no cumplir con los dolorosos, a veces repugnantes menesteres, que había que prodigarle a don Patrocinio; cambiarlo, acercarle el orinal, renovar apósitos, darle a beber pequeños sorbos, de alguna porción o un alimento líquido. Para eso doña Edelmira había tomado a su cargo la tarea que correspondía a la hija.

Manuela se despertaba temprano, como siempre, pero no ya para recorrer la casa comprobando la puntualidad de los criados, ni para llegar a la cocina a regentear el desayuno que se calentaba en el fogón. Se quedaba largo tiempo frente al espejo de su cómoda, alisando con un cepillo sus dorados cabellos, mirándose con lástima en la luna que reflejaba su imagen de niña, sintiéndose la heroína de alguna de esas novelas que conformaban su mundo.

En el dormitorio del paciente, estaba solícita, cuando al mediodía llegaba el ayudante del doctor Gorostiaga. Un médico joven, de ojos penetrantes, que la miraba con cierto desenfado y escuchaba con atención las inoperantes preguntas que ella se creía obligada a formular: –“¿Mejorará doctor, mejorará?”. Era casi una súplica

El doctor, temeroso de que el paciente, aún en semi inconsciencia, fuera a captar sus palabras, prometía una futura mejoría. Ella quedaba como decepcionada, como esperando una respuesta más veraz o contundente o quién sabe qué.

Pocas eran las visitas que recibía: los oficiosos visitantes la dispensaban, pensándola a la cabecera del enfermo.

Eludía los almuerzos en familia con tía Efigenia y con tía Dorotea, con sus ancianas cuñadas y con sus mismos padres. Se alimentaba poco a la vista de la criada, en una pequeña mesita en un corredor anexo a la cocina. Picoteaba de uno y otro plato, siempre displicente, siempre desganada. Se encerraba en su dormitorio para la siesta y, tendida en la cama, sin sueño presa de inquietos pensamientos, pasaba las horas muertas.

Después de la merienda, camino a la biblioteca, pasaba por la sala. Allí, el piano cerrado e inútil desde hacía meses, la tentaba. Le apasionaba la música, tocaba por oído, aunque tenía también sus conocimientos técnicos. Ya nunca más me sentaría ante el teclado. Una viuda no debe distraerse con sonidos armoniosos, ni era correcto que en una casa de duelo se lo sintiera por mucho tiempo. Se estaba anticipando a los acontecimientos. Era como si quisiera abreviar esa larga agonía que se padecía desde hacía meses en aquel hogar sin hijos, abatido por la enfermedad. Era un terreno pecaminoso en el que imaginaba una vida diferente y procuraba apartar estas ideas.

Pero junto a los libros, ya no era ella, era una y mil mujeres de vidas azarasas, de pasiones violentas. Por ello, su encierro era cada vez mayor. De allí vinieron a sacarla para llevarla junto al moribundo. En imponente reloj de pie, sonaron lúgubres, las doce postró frente a la imagen del Cristo que presidía la estancia. Por supuesto, no había comedia, estaba anonadada ante la proximidad de la muerte, que ya había entrado en aquella casa.

El padre volvió a buscarla y al fin ella, como si fuese otra persona, en un desdoblarse de sí misma asistió al acto final. Prorrumpió, en un desgarrador grito con doña Edelmira, ahorrando esta piadosa tarea a la hija, cerró cuidadosamente los ojos del difunto.

La apartaron en medio del sahumero de los inciensarios, para dar comienzo a la ceremonia de amortajar a don Patrocinio vistiéndolo con su traje de gala, cubierto el pecho con medallas de acciones guerreras cruzado con la banda que recordaba su calidad de gobernador en años pretéritos

Manuelita se dejó de llevar dócilmente, la colmaron de condolencias, la atiborraron con tisanas y la observaron sin piedad. Ella se encerró en el mutismo y, con los ojos entornados, asumió su protagónico papel.

Sólo tuvo alivio cuando, después de tres noches de velatorio, partió el cajón cerrado, conducido a pulso, acompañado por largo cortejo. Antes de partir, los caballeros saludaron ceremoniosamente y por riguroso turno, a la viuda y otros deudos mujeres. El último en saludarla fue el médico joven, y fue con él, el único con el que osó usar una mirada, en medio de su compunción.

Las mujeres se reunieron en la sala. Manuelita se retiró a su aposento. Tirada sobre la cama, con el pelo suelto que se esparcía por la almohada con funda de fino encaje, permaneció inmóvil hasta que la dejaron sola. Finalmente alejó a su última acompañante, la mulata Martina: —“Quiero dormir, cierra los postigos”. La servidora se apresuró a obedecer, contenta de irse a integrar el Concilio de sirvientas que, temblando de miedo, se regodeaban con cuentos de aparecidos, corolarios de las aseveraciones de aquellos que, la noche anterior, habían visto poco antes de que muriera, a don Patrocinio “borrando sus pasos”, o pasar y errático entre ellos seguido de sus dos perros Nerón y Calígula, ‘caliga’ —como habían deformado el nombre— ¿Y quién no había sentido esa

noche ladrar a los perros con su aullido de lobo, lastimero y premonitorio? Alguno había sentido que le zamarrearón el catre y varios habían escuchado golpes en su puerta. Todos habían tenido “un anuncio”.

En los recibos: sala y antesalas, las damas habían cesado en sus preces e imprecaciones para salvar el alma del difundo de los fuegos del infierno y ahora saboreaban despaciosamente el sorbete de quirusillas o el refresco de horchatas que se le ofrecía. En tanto, observaban, a falta de otro panorama, el ir y venir de los empleados de la funeraria vestidos como los lacayos de las cortes europeas que, con ademanes no tan refinados, cubrían espejos y cuadros con paños de muselina negra. Ya al despertar el cortejo, habían cerrado la monumental puerta, dejando apenas entornada una de las hojas, en tanto que otra ostentaba el imponente moño de crespón que señalaba la casa de duelo.

Las mujeres no ocupadas más en el rezo, habían comenzado a cuchichear quedamente y doña Felicidad Aparicio, tocando ligeramente la rodilla de doña Encarnación Zapata, había iniciado un monólogo que atañía a la dueña de casa; monólogo, porque la otra, un tanto violenta, apenas si respondía con monosílabos. Pero doña Felicidad se dio el gusto de hacer una observación, una interpretación, muy personal e insidiosa. Las vecinas de silla, sin decir palabra, tenían atento el oído a este comadreo. Doña Edelmira, desde el estrado las vigilaba.

Ya a solas, Manuelita, urgida por la curiosidad de un fin que la intrigaba sacó de entre las sábanas, donde la tenía escondida, la novela que la apasionaba, teniendo cuidado de dejar, bien a mano, su libro de oraciones y su pañuelito de bolillos, como para, si fuera oportuno, cubrirse la cara como secándose las lágrimas.

Fue la propia doña Edelmira, quien llevó hasta el dormitorio al atento doctorcito que, de regreso de la ceremonia del entierro, venía a interesarse por la salud de doña Manuelita, sin dudas resentida por tanto dolor. La señora insistió en que le revisara el corazón a su pobre hija, y ésta presa de inocultable timidez, se defendía apretando con sus manos el libro que pugnaba por escapar de su pecho.

El galeno auscultó con delicadeza, pero dio con las duras tapas del tafilete y aprovechando la ausencia momentánea de doña Edelmira –que se había ausentado con el pretexto de solicitar una jofaina y una jarra con agua, para que se lavara las manos el médico– ya sin recato, arrebató el tomo literario que defendía la paciente, dando lugar a una ligera jugarreta.

Regresó doña Edelmira, con el agua a la distancia, avanzaba balanceándose a uno y otro lado; doña Trinidad, –hermana mayor del difunto–, en su afán de ayudar a la afligida, aportaba una finísima toalla de hilo recién planchada.

Doña Edelmira llegó a la puerta, escuchó las risas, las cerró con cuidado, y volviéndose a la anciana que se acercaba, le dijo: –“Pobre Manuelita, sufre tanto dejémosla que duerma”.

El Surumuco

La finca de don Fortunato Torres en La Merced, llegaba hasta los cerros altos que formaban una pequeña cadena de piedras calizas, tenían hornos que fabricaban cal quemando las piedras con pilas de leña que elevaban la altísima temperatura y proveían a gran parte de las construcciones en la Salta de 1940.

Don Fortunato inició la producción de cal, además de sembrar poroto, tabaco maíz y criar mulas que eran muy fuertes y servían para el arado o para tirar los carros que llevaban leña para el centro de la ciudad. Entre los conocidos y amigos que tenía, consumían su producción anual. En las cocinas de las viejas casonas ciudadanas estos leños colaboraban para cocinar los más ricos dulces de membrillos, ciruelas y las más sabrosas empanadas que se comían con las patas abiertas para no mancharse con el jugo que contenía adentro. También calentaban en grandes tachos el agua para el baño de inmersión, que los patriarcas salteños se daban en las tardes frías de junio.

Las mulas de la finca eran cuidadas con esmero ya que tenían un gran valor, especialmente para los trabajadores bolivianos que venían para la cosecha de tabaco.

Pero el que recibía las mejores atenciones y cuidados era el Surumuco. Un hermoso burro azulejo, tornasolado de ancas redondas, pelo suave, cara de bueno, mirada mansa y amante de las mejores yeguas de La Merced y sus alrededores.

Las mulas más fuertes y robustas llevaban en sus venas, la sangre del Surumuco, que no fallaba nunca cuando le acercaban una potranca en estado de merecer.

El celestino en estas cuestiones era el Chicho Torres, el menor de los cinco hermanos; tres mujeres que doña Ana Royo preparaba en las lides de ama de casa y un chango grande que gastaba sus horas preparando los gallos de riña, que después se enfrentarían a los de Anastasio Villagra, un carnicero de La Merced que todas las mañanas desde la vereda de enfrente, saludaba a doña María Dabal, viuda de un libanés, que le había dejado seis hijos y un almacén de ramos generales, que funcionaba en una de las esquinas más concurridas del pueblo.

Los burros hechores, llamados así porque hacían bien las cosas, eran animales elegidos como reproductores. Generalmente, tenían un carácter muy difícil, ya que sólo respondían ante el instinto sexual que les despertaban las yeguas en celo y al ser tan chúcaros, no dejaban que los montasen los chicos porque eran peligrosos.

Mientras que los burritos capones eran mansitos y los changos iban a la escuela con ellos, los dejaban en un corral cercano que estaba en el camino hacia San Agustín. Tres maestras, juntaban en el aula a chicos de distintas edades de niveles primarios y les daban deberes diferentes a los que estaban más avanzados.

El Surumuco era un burro diferente, tenía el carácter de los burritos capones, juguetón, manso y apacible. Los changos se juntaban a jugar a la pelota y el Surumuco venía hasta la canchita, a interrumpir el partido. Entonces, lo montaban en pelo. Él sin riendas, los hacía dar vuelta a la cancha, los traía hasta donde estaba el equipo y allí bellaqueaba, agachaba su cabeza, arqueaba el lomo, levantaba el anca y los changos pasaban como por resbaladero por el cogote del animal aterrizando en el piso.

El Surumuco se acercaba y con su cabeza, los empujaban y juran los changuitos que el burro sonreía.

El juego se repetía hasta que todos daban una vuelta y luego se retiraba pastar al potrero con alfares y especialmente sembrados para él.

El amigo del Surumuco era Chicho. Con él iba hasta la escuela siempre en pelo y sin rienda; solo una soguita atada al cuello que ni siquiera era necesario guiar ya que los dos conocían el camino.

Mientras la Carmencita daba la lección, en la ventana del aula aparecía la cabezota oscura del Surumuco y sus orejas grandes se movían provocando la risa general de los chicos hasta que la maestra Elisa Amador decía:

–¡Chicho por favor, pongan orden m' hijo!

Y allá salía el gordo Chicho y le decía:

"Che, Suru deja de molestar, Andate, pue... y espérame en el corral".

Y empujándolo lo alejaba del aula y volvía a su asiento, entre la sonrisa de los alumnos. Esta escena se repetía todos los días.

Cuando volvían de la escuela pasaban por la represa, que estaba rodeada de sauces llorones y en el centro tenía una isla donde los patos hacían sus nidos. Ingresaban a la represa y a pesar de que no era muy honda, había lugares en donde el Surumuco tenía que nadar; entonces el Chicho se abrazaba al cuello del animal y le hablaba a la oreja:

¡"Meta Suru, meta!".

Llegaban. Sacaban unos cuantos huevos de los patos, recogían la ropa y los útiles dejados en la orilla y volvían a sus casas.

Cuando las yeguas tenían en sus potrillos, a los siete días del parto, entraban en un celo muy fértil, era entonces cuando el Chicho llevaba una yegua hacia el declive de la represa para que se igualara en altura con el petiso Surumuco, que lo seguía apenas éste silbaba.

Era muy buen "saltador". Apenas la yegua se ponía en actitud de complacencia, el Surumuco saltaba sobre ella y once meses, después había una mulita más que iría con el tiempo a acarrear leña hasta la ciudad, o iría a morir a tierras bolivianas,

Esto le permitía don Fortunato Torres tener una producción anual de 100 mulas, un buen pasar y un burro feliz.

Chicho tendría unos 10 años cuando la familia se trasladó a vivir a la calle Ituzaingo entre Urquiza y Alvarado, porque Doña Ana opinaba que las chicas ya tenían que estar en la ciudad y no recluidas en una finca, a pesar que estaba a 21 kilómetros, no más; el tipo de camino hacía que esto quedase lejos y a trasmano.

La despedida de los dos amigos fue increíble. El Surumuco al ver que subían baúles y bolsos, se acercó a las casas y se acostó delante del gran Paige, Modelo 34 para no dejarlos ir. Chicho lloraba; don Fortunato a talerazos apartó al animal y puso en marcha el auto que los llevó a la ciudad.

El capataz, don Fernando Cruz, explicaba que el burro tenía moquillo, por eso tenía los ojos llorosos y no que el burro lloraba como decía el niño Chicho.

Lo que pasa es que el changuito es muy sensible, decía Don Cruz.

La escuela Zorrilla tenía otro ritmo. Los chicos eran más ruidosos y desordenados. Chicho era el más callado y tímido. No solo porque era pueblerino sino porque se lo notaba triste. Se había separado de su amigo de la infancia.

En las vacaciones de julio volvió a la finca y lo primero que hizo fue buscar al Surumuco. No estaba. Nadie le había contado para no preocuparlo, que el burro había desaparecido de la finca y a pesar de que don Fortunato había encargado que lo buscaran, no hubo caso. Se lo había tragado la tierra.

Entonces el Chango, una mañana armó un apachico y se fue hacia las serranías entre San Agustín y La Merced, en un lugar que sólo conocía él, un extraño sector de territorio de nadie en donde pastaban en libertad un gran grupo de caballos mostrengos, caballos de nadie, libres como el viento, chúcaros, salvajes, peli largos, crinudos, vagabundos, sucios. Entre ellos, de repente, divisó una figura familiar a sus ojos:

–¿Surumuco?, preguntó susurrando.

–¡Surumuco!, repitió como un eco.

–¡¡¡Surumuco!!! gritó esperanzado.

El burrito giró la cabeza, levantó las orejas y dejó de rumiarse el pasto como si fuera una estatua de Platero.

–¡¡¡Surumucoooooo!!!, repitió casi histérico.

El abrazo fue largo, apretado, intenso. El corazón le galopaba al ritmo de la manada espantada en estampida.

El llanto del chico era ahogado. Casi con bronca y despecho le decía:

–Orejudo, ¿a dónde te has ido?, garrapatudo. Creía que te había pasado algo. Mira si te perdés y no podés volver. Mirá que sos, ¿no?

El burro lo empujaba con su cabeza, le mordisqueaba las piernas y los brazos, pero sin lastimarlo. Si hubiera un lenguaje asnal, la traducción hubiera sido:

–¡A dónde te has ido vos! ¿Por qué me has dejado solo?

–Vamos pa' la casa, Suru. Volvamos a jugar juntos.

Cuando doña Ana los vio venir por el callejón de algarrobos, se puso a llorar de alegría. Hacía dos días que el chico se había ido a buscar a su burro y ahora volvía cual Sancho Panza con los pies colgando por los costados sin rienda ni montura y con la cara llena de alegría.

–Mira mamá con quien vengo. Mirá, tatita, lo que te traído de regalo.

Don Fortunato había prometido darle de lonjazos al changuito, pero cuando lo tuvo cerca, lo abrazó con ternura. Palmeándolo el lomo al burro, le dijo:

–Bienvenido Surumuco. Ya llega septiembre y viene el tiempo de las pariciones. Luego te necesito fuerte pa' que me des una mano. Este año tengo ciento diez yeguas listas para vos.

Esa semana que quedó de vacaciones, fueron vividas a pleno entre los amigos. Mientras les contaba cómo era la nueva escuela, le sacaba las garrapatas y lo cepillaba.

Los burros no pueden entender lo que la escuela representa para los humanos. Son burros, pues ...

Por supuesto no pudo entender que la escuela fuera la razón por la cual su amigo, en agosto volviera a dejarlo, y a pesar de que le habían puesto una horqueta de churqui en el cogote para evitar que cruzarse los alambres, a la semana siguiente fue a buscarlo a la vieja escuela de la señorita Elisa y fue echado a pedradas.

Entonces volvió a los cerros y nunca más nadie lo vio.

En septiembre trajeron un hermoso burro desde San Juan grandote y negro para continuar la costumbre de sacar mulas fuertes de la finca “El Algarrobal”. Pero algo al 50% y hubo que lamentar que una yegua lo pateara y le quebrara una pata y que el pecho del animal terminara lastimado por las hembras enojadas, por el cambio y irrespetuoso y antojadizo de amante asnal.

¡Qué podía entender don Fortunato de amores caballares!

Con el pasar de los años la cosa se ponía de mal en peor. No sólo la cantidad de apariciones era menor sino que la calidad de las mulas fue decreciendo hasta que a “El Algarrobal” caían muy pocos compradores.

Era la época de las mulas flacas y bíblicamente fueron siete años de mulas flacas, hasta que don Fortunato se decidió el pimentón-

El progreso mecanizó el transporte; enormes camiones y fuertes tractores suplantaban a las espléndidas mulas de antaño.

Pasaron diez años y Chicho ya había terminado el secundario, entre amoríos que lo alejaron de la infancia y lo metieron de lleno en una adolescencia con otras vivencias y otras emociones. Y surgió la idea de ir a Córdoba a estudiar medicina.

Compraría un pasaje de ida solamente, que lo apartaría por completo de la estación de los duraznos y la ausencia sería, sino definitiva, por lo menos temporaria.

La facultad comenzaba en abril. El 15 de diciembre se fue ochenta de alto, con la necesidad de afeitarse todos los días para no dejar rastros en las mejillas de las muchachas a la que raspaba con su barba.

En el bolsillo de su camisa había siempre un paquete de cigarrillos negros que le daban un constante aliento a hombre.

En la finca comenzaban a ararse los potreros para plantar tabaco, maíz y poroto. Los peones se subían a los tractores Fordson, que cubrían dos hectáreas por hora, y en el antiguo galpón en donde antes había arneses y herrajes, ahora tenían tambores de 200 litros de gasoil para alimentar las nuevas “bestias” de carga y transporte.

Mientras pasaba por los lugares de infancia, miraba con ternura la represa, la arboleda, el camino hacia la escuela, la cancha el fútbol..., casi todo estaba igual, pero él ya no era el mismo. Prendió un cigarrillo, dio una profunda pitada y dijo en voz baja casi sonriendo:

–El Surumuco... ¡Que será del Surumuco...!

Una bandada de pájaros, se alzó en ruidoso aleteo y lo sacó de sus pensamientos. Como si ellos quisieran contestar su pregunta, se elevaron en dirección a San Agustín. Él lo siguió con la vista y creyó entender que los pájaros le indicaban el camino hacia dónde podía estar su amigo de la infancia.

Ensiló el zaino y se fue para las serranías. Algo le decía que el burro estaba en aquel sector de tierras fiscales, en el que una vez lo encontró.

Tres horas, pasó recorriendo senderos que le traían un perfume que había quedado en el recuerdo.

En una laguna, un coro de ranas interpretaba una canción aprendida desde siglos y transmitida de generación en generación. Un conejo gris se cruzó delante del caballo y se asustaron todos: conejo, hombre y caballo. Llegó a una cumbre y desde allí divisó a la distancia una manada mostrenga: unas cuantas yeguas, unas cuantas mulas y un petiso de orejudo color azulejo.

Habían pasado 10 años. Se bajó del caballo y fue caminando lentamente hacia los animales, que indiferentes y lentos se apartaban. La escena parecía repetirse. Le silbó y lo llamó con ternura. El burro se acercó caminando. Él extendió su mano y el viejo animal la lamió.

– Surumuco, no has cambiado nada. Estás igualito.

Le acariciaba la quijada, le tocaba la cara, le doblaba las orejas, le tironeaba un mechón de crines espesas y él respondía a sus caricias, mordisqueándole el pantalón y la campera.

La escena tenía un clima extraño de alegría y tristeza. La nariz y los ojos húmedos del muchacho, contrastaban con la sonrisa constante; era como que no podía cerrar la boca.

–¿Te acordás Suru?, ¿te acordás?

El burro retrocedía dos o tres pasos y avanzaba con la cabeza gacha; le daba un topetazo en las piernas y le mordía las botas como queriendo hacerle una zancadilla.

El hombre, como jugando, se trepó al lomo del animal y éste lo llevó caminando a dar vueltas; se frenó de golpe, arqueó el lomo, levantó el anca y agachó la cabezota. Todo al mismo tiempo y coordinado para hacer pasar por arriba del cogote 90 kilos de hombre emocionado que fueron a parar sobre la montaña de ojos secas.

El burro lo empujaba con el hocico y el Chango comprobó que era cierto lo que decían los chicos, ¡el burro se reía!

–¿Te acuerdas Suru?, ¿te acordás, eh?

Hombre y bestia en el lenguaje de la ternura, la amistad, el compañerismo se contaban cosas que solamente ellos entendían. Jugaron a las escondidas y a la pilladita en medio de una manada que se apartaba al verlos correr y reírse

Entonces pensó en llevarlo para la finca, pues sería hermoso tenerlo en las fiestas para jugar como cuando eran chicos. Se acercó a su caballo y sacó un lazo pero algo pasó. Sentía como que él le estaba diciendo que no. Lo miraba en silencio, inmóvil. Se quedó pensativo acordándose que en abril seguía estudiara Córdoba; que ya no era un niño. Ya no eran los mismos de antaño. Si hasta el burro parecía más viejo. Le faltaban los anteojos para parecer un burro abuelo. Si lo llevaba para las casas en abrir lo volvería a dejar solo y él estaba bien entre los suyos, entre sus mulas y sus yeguas, entre su familia salvaje y bella

Se dio cuenta que era la última vez que estarían juntos, y abrazándolo muy fuerte, le dijo al oído:

–Te quiero mucho Surumuco.

Creyó escuchar; yo también. Y separándose, comenzó a caminar lentamente hacia el zaino que estaba pastando cerca del algarrobo. El burro se fue caminando hacia la manada y ya no se dio vuelta. El hombre giró la cabeza y lo vio alejarse; quiso guardar en su memoria esa última imagen. Prendió un cigarrillo sintió que el humo le entraba los ojos y, lagrimeando, se volvió para las casas.

Mi par de patines

Mi mamá la defiende a capa y espada, porque es su hermana y tiene plata. Al final, de todas, fue la única que estudió y se recibió de Bioquímica, después se casó con ese médico que no conozco al que a toda costa quieren que lo llame tío cuando lo nombro. Ella hace bastantes años que no viene de Buenos Aires, donde vive con su marido y los tres hijos.

La carta que me preparó en borrador para que la pase en limpio, y le haga creer a mi tía que la redacté yo (agradeciéndole ese par de patines que me envió), la escribiré con la peor letra que pueda hacer. Ni me acuerdo de ella; creo que vino cuando murió la abuela y yo era muy chiquito.

Antes, me parecía que los patines eran fuleros y aunque los dejé tirados en el botinero. En este momento que estoy aburrido lo saqué para curiosarlos un poco y me doy con que son mejores que los del “Cholo”; pero igual les tengo idea ¡Recién ahora se vienen a acordar de uno!

Yo siempre me quedo “solito mi alma” cuando estoy triste y me la paso pensando, aunque me pregunten si ando empacado. Qué les va a importar a ellos, si salen lo más campantes a la calle sin pedir permiso a nadie.

Me doy cuenta bien que los de mi casa son pura caricias para conmigo; después son iguales que todos. No es cuestión de que me anden mostrando sonrisitas y tocándome la cabeza para hacerme caer en cuenta que me quieren. Ya no soy un bebito para vivir de mimos. Y por culpa de esos patines, hoy el horno no está para bollos – como dice mi papá– y preferiría que me dejen solo.

Por andar tonteando me olvidé de hacer los deberes. Menos mal que son fáciles y los haré de un solo tirón. De seguro que enseguida, no más, caerá algún compañerito para copiármelos, pero no me interesa, total así aprovecho para que nos quedemos jugando un rato al ajedrez o a las damas.

Todos dicen que soy amiguero, pero a mí no me importa un ‘pito’ lo que piensen. Cada uno es como es y listo el pollo.

El próximo sábado tendrá lugar el partido de fútbol entre los segundos grados de la escuela y los chicos me dicen que ni me la sueñe que me van a poner de arquero. Yo sé que me lo dicen jugando y aunque nos reímos, igual me da un poco de rabia.

Nadie me saca de la cabeza que mis primos sólo vienen a jugar algunas tardes porque lo mandan a la fuerza y por eso será que son tan aburridos. Apenas toman el té, ya buscan un pretexto para mandarse a mudar. Posiblemente al parque donde hay unos juegos infantiles. No me vengan con que se van a volver temprano a su casa.

–¿A vos te preguntan que con papá compremos una hermanita?, me expresa mi mamá con su panza grandota, creyendo que yo me chupo el dedo. No le contesto porque sé bien que lo único que quieren es dejarme de lado para tener un nuevo juguete con que alabarse en el barrio; conmigo no se la podrán surtir, sé que soy un idiota empacón y otras cosas como ellos me tienen catalogado, pero no es para que justo ahora me salgan con esto, hago sonar mis dientes, pero me muerdo para no contestarle como para ella, me iré a llorar solito a mi rincón de pensar; ¡que liga que tengo!

En la salita de estar esa que tiene un olor antiguo y donde casi no me dejan entrar. Me gusta ponerme a mirar esos cuadros ovalados con parientes bigotudos y otras gordas con unos rodetes enormes y vestidos raros, algunas bien parecidas a mamá. Miro también esas sillas tapizadas de pana color ciruela con sus respaldos altos y la mesa ovalada con tallados a mano que únicamente la usamos para comer en Navidad y Año Nuevo, que seguramente las sacaron cuando velaron a la abuela que mi mamá me aseguró que está en el cielo y me mira todas las noches con sus ojitos de estrellas.

Ella se da cuenta perfectamente que estoy fastidioso por los patines que me envió la tía, me dice: “anda a jugar al patio y déjate de venir a encerrar en la salita”. Le debe haber costado un ojo de la cara y vos seguís con tus desprecios. En una de esas hasta quizás puedas usarlo cuando seas más grande total, son extensibles; ¡vaya uno a saber!

Pero cada día estoy más solo. Me aburro de sentirme encerrado en la casa. Apenas y a través del visillo del postigo, que abro a escondidas, puedo ver a los chicos como juegan en la acera. Saltan, ríen y corren por todos lados y ni siquiera saben que yo los estoy viendo. Al final, ellos no tienen la culpa que me la pase todo el santo día sentado en mi silla de ruedas.

Cosa de Mandinga

Se conocieron en la universidad, en primer año. La suerte quiso que llegara ella desde Santa Rosa, La Pampa y Él desde Cerrillos, Salta, al hall de la Facultad de Veterinaria, el mismo día.

Se inscribieron y tuvieron número de legajos seguidos, compartiendo la misma comisión. Cursaron juntos todas las materias y estudiaron parciales y finales.

La Facultad de Veterinaria, de la Universidad de La Plata, era una de las más prestigiosas del país. Ingresaban 400 alumnos y se recibían 50 por año. Esa pirámide permitía que los del primer año a cuatro trabajaran para los del último año, vendiendo rifas y entradas para recitales con el objeto de juntar dólares que se gastaría en Roma, Madrid o París.

“El baile de bautismo” se hacían en El Almacén San José, un café concert regentado por los alumnos de quinto año que formaban la Comisión de viajes de estudio de veterinaria, que iban todos los años a Europa. Al año siguiente, “El Almacén” era heredado por los de cuarto año.

En esa fiesta bailaron toda la noche y luego cantaron zambas en el fogón circular que quedaba en la esquina del local. A las cuatro de la mañana, mientras bailaban muy abrazados, Los Beatles “Yesterday all my troubles...”, y ella tradujo: –“Ayer, todo mis problemas, parecían lejanos...”.

Y él contestó:

–Hoy, todos mis problemas, están lejos, lejos, y, ¿sabes por qué? –¿Por?

–Porque te abrazo y mis angustias se alejan. Hoy sos mi presente. Quizás mi futuro.

–Me estoy enamorando de vos.

Se miraron y lentamente, se dieron el primer beso en los labios. Fue el comienzo de una serie de caricias que finalizaron cuando los dos se quedaron dormidos en una noche de amor, donde la ternura se adueñó de sus almas.

Marcelo alquilaba un departamento de dos ambientes en la calle uno y 49 frente al comedor universitario, y Elisa vivieron la pensión de señoritas a cuatro cuadras de la estación.

Algunas noches se quedaban a estudiar en el departamento hasta muy tarde y otras se quedaban a dormir juntos.

A los pocos meses, ya eran una pareja que compartía todo: comida, cama, estudios y cigarrillos y giros que recibían de sus casas.

El departamento fue de los dos. Ella trajo “póster” de los Beatles y le puso cortinas a cuadros a la ventana de la cocina, compro un gomeró que lo instaló en el balcón y era la que tendía la cama todos los días.

Iban junto al supermercado. Él cebaba mates amargos y ella grababa “Mozart en la noche”. Él tocaba la guitarra y ella cantaba “Alfonsina y el mar”.

Cosa de Mandinga, ella cantaba “La Cerrillana” y “Carpas salteñas” como si hubiera nacido en Campo Quijano. Las erres y la tonada eran casi como la una de la muchacha salteña. Sólo algunos amigos le decían “la pampeana”. Para la mayoría de los compañeros de universidad, era la pareja de salteños que en las guitarreaba se quedaba hasta el amanecer compartiendo vinos y empanadas.

Un día entraron tomados de la mano en el consultorio de Ginecología, en el Hospital San Martín, para consultar al médico sobre métodos anticonceptivos y hacerse un Papanicolaou.

Ninguno de los dos hablaba del futuro mucho más allá del próximo mes y vivían un presente pleno de ocupaciones, exámenes y recreos compartidos.

En los años siguientes se separaron únicamente para Navidad, cuando cada uno iba a pasar la fiesta con sus padres y alrededor del 10 de enero se encontraban de nuevo para contarse cómo se habían extrañado y cómo habían encontrado a sus familias.

La Semana Santa la aprovechaban para escaparse a Mar del Plata.

Compartieron madrugadas y atardeceres. Pasaron momentos difíciles con los agitados días de problemas políticos que hicieron que lloraran juntos la muerte de Alfredo Santillán, que era el delegado universitario, que fue acribillado a balazos en Punta Lara.

Las noticias de la Plata llegaban por los diarios a Santa Rosa y a Cerrillos y desde esos lugares llegaban cartas que decían: “Hijos, cuidense mucho”.

Dejaron de ir a guitarreadas y trasnochadas que pudieran ser peligrosas y se dedicaron a estudiar más aún.

Cuando él estuvo 40 días en cama por una ridícula papera que no respetó edad ni testículos, Elisa le llevaba hasta su mesa de luz los medicamentos.

Fue un ama de casa, espléndida. Le traía la comida desde el comedor universitario o le alternaba cocinando comidas rápidas.

Cosa de Mandinga, o casualidad, o vaya a saber qué, pero a los dos los aprobaban o los aplazaban. Por supuesto se recibieron el mismo día con la misma materia y la fiesta se hizo en el “Almacén” con la actuación de Opus Cuatro, de quienes eran amigos. En esa fiesta se comprometieron y meses después se casaron.

Se fueron a vivir a Salta, en donde rápidamente prosperaron, como lo suelen hacer los jóvenes profesionales en las pequeñas capitales de provincia.

Se seguían cuidando con los viejos métodos que ya conocían desde hace años para no tener un bebé hasta que se afianzaran económicamente y pudieran brindarle todo; pero después de tres años de casado, quisieron hacer todo al revés, intentando llenar la casa de hijos.

Cosa de Mandinga, la cigüeña no llegaba por el barrio, o si lo hacía salteaba el número 1841 de la avenida Belgrano donde vivían. Ella le decía que había que tener paciencia, que había que esperar un poco más.

El comenzó en secreto hacerse algunos estudios y el médico lo derivó a La Plata para que lo viera el doctor Vatterson que dominaba el tema con mayor capacidad, ya que era un especialista reconocido mundialmente.

El diagnóstico fue clave y preciso: “azoospermia”. No había dudas. Encontraron los estudios de aquellas paperas de épocas memoriosas que habían dejado como secuela, la imposibilidad de fabricar espermatozoides y cuyos resultados ya confirmaban la inequívoca esterilidad definitiva.

Cosa de Mandinga, que ironía –pensó Marcelo. Tantos métodos anticonceptivos utilizados al vicio. Cuántas ilusiones absurdas. Cuánto tiempo perdido.

Se quedó en Buenos Aires una semana más, tratando de buscar las palabras con la que explicaría a Elisa esta situación.

Visitó a viejos amigos de La Plata y fue a comer a sus casas, el que menos chicos tenía era Federico Santini, que iba por el cuarto.

Cuando subió al avión pensaba si podría seguir adelante su matrimonio sin los hijos que para ellos significaban tanto.

Bajó del avión con su bolso marrón en mano y con paquete de regalo para su mujer, quien lo esperaba en el hall con la mano en alto sonriente y feliz.

Se abrazaron entre el bullicio de la gente que buscaba las valijas y Marcelo aprovechó la oportunidad para decirle:

- Tengo algo importante para contarte.
- ¿Qué es?
- Luego, en casa cuando estemos solos.
- Yo tengo algo más importante que decirte a vos y no voy a esperar a que lleguemos a casa.
- ¿Qué es?
- Tomá, léelo vos, dijo alcanzándome un sobre.
- Él lo abrió y leyó: “Gravindex” positivo.
- Estoy embarazada, dijo ella.
- Cosa de Mandinga, dijo Marcelo mientras sonreía, la abrazaba fuerte y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Un hombre discreto

Un ruido en la noche rompe la tranquilidad. Él tiene insomnio a partir de las dos de la madrugada, sus ojos empiezan a recorrer los rincones de la casa, se levanta y entra al baño, ajusta las canillas para evitar futuras goteras, se descalza y cierta humedad de los mosaicos hace que sus pies se contraigan, la madera del cajón del velador se dilata, y ese mínimo quejido punza en sus oídos, como un recuerdo que de lejos, aún arrastra su nostalgia. Por las dudas, corre las cortinas de las ventanas; no quiere que la luz lo sorprenda cuando la calma gane sus párpados. Mañana es feriado y por ninguna causa atenderá, ni siquiera a sus amigos. Apaga las luces y enciende varios espirales, detesta los zancudos. Este día no precisa de nadie. El cansancio que es interior y la urgencia del sueño inevitable. Antes de acostarse, siente un anhelo repentino: quiere ojear sus libros de cabecera; va a su biblioteca y, en un tanteo tembloroso, logra encender la lámpara de la mesa: a un costado de la alfombra, un hombre y una mujer están tendidos. En sus miradas, la impotencia es un gesto, los mira y una vez más, en su sitio predilecto, la oscuridad los envuelve, lentamente, a los tres.

Ottla Kafka

En medio del pobre ademán de sus manos, se acurrucó en un recoveco de la celda y soñó con el sol de la plaza de su pueblo; con la fuente de agua donde los enamorados arrojan tres monedas y piden que el destino nunca lo separe, y que el amor los despierte juntos en un abrazo interminable; pero también estaba el niño, el que corría atrás de los carruajes del circo, porque otra vez, vería con asombro saltar a los leones por las arandelas con fuego y al gran Totó cayendo sobre el aserrín con sus enanos, como si el peso de su cuerpo fuera ajeno al espacio.

Había que moverse toda la noche, mientras los alaridos hablaban del terror, de los rostros que en la oscuridad comulgaban con la muerte y esa angustia, hacía que diera vueltas en un miedo sin descanso.

Cuando el auto se estacionó cautelosamente, y uno de los hombres abrió el baúl, esquivando su cara, como si ese olor a encierro lo atrapara en su conciencia, supo, que sería la última vez que vería a su familia; quiso, con un gesto atolondrado, despedirse del barrio, de sus calles de ripio, de sus zaguanes y de esa libertad que aún gritaba en nombre de la vida.

La escarcha, formaba una capa vidriosa en el lomo de las chapas del techo y un perro en su desdicha rasguñaba el portón de una casa, porque esta vez el sueño era cómplice del abandono.

Si tuvieron cigarrillo –pensó–, porque ese placer antes de encenderlo oscila entre el ansia y la negativa; cautiva cuando el humo empieza a ganar el aire y hace que el universo pueda estar en todas partes y no perder el mito del abismo.

Amanecía, la ciudad despertaba y los cuerpos caían en una desesperación donde el espanto superaba la condición humana; luego el gas, una cortina oscura y rojiza que a la luz se volvía un infierno. A ciegas contuvo el equilibrio y el instinto lo condujo, desafortunadamente, por los pasillos que golpeaban su cabeza con la saña de los desquiciados. Cuando la fuerza de sus piernas lo abandonaron, pudo ver, como entresueño, el rostro de Ottla Kafka en Auschwitz.

El Pez

Poco a poco, los pescados que traje del río fueron muriéndose. Al final quedó uno solo. Era el más pequeño.

Se enganchó mal en el anzuelo y para sacárselo rápido y poder echarlo al bidón, tuve que arrancarle parte de la boca. Mientras maniobraba, lo sostenía presionando las agallas. Él me contemplaba de sus ojos fijos. Era distinto a los demás. Con la cola grande y ancha como el cuerpo, parecía un ocho acostado. Cuando volvió al agua, permaneció quieto y panza arriba unos segundos; luego, de un coletazo bajo al fondo.

Al llegar a casa lo volqué con los otros en una pecera. Días más tarde, todos habían muerto, menos él. Su tamaño no permitía conjeturar que los hubiera matado.

No creí que se adaptara; los peces del río están acostumbrados al agua que corre eternamente. Pasaron los meses y el pescado permanecía en su hueco, entre los cinco vidrios, moviéndose apenas.

Parecía venido de la prehistoria, hecho de piedra. En las tardes de lluvia por la luz, los bordes adquirían mayor definición y la transparencia del cuerpo. Lo hacía casi invisible. Yo lo observaba sentado en mi sillón, no sé qué encanto me producía la pecera se hallaba sobre un estante de la biblioteca delante de la colección de literatura fantástica se formaba y deformaba una rara combinación de reflejos entre los títulos, los autores y la figura de mi pez, a cada instante más parecida al signo del infinito.

Una mañana, ojeando “El libro de los seres imaginarios”, de Borges leí una página que me escalofrió. Una creencia afirmaba que en los espejos había sido una encerrada una raza condenada a repetir los gestos de los seres exteriores. Pero llegaría el momento en que los prisioneros saldrían y vencerían a sus tiranos. El pez sería el primero en despertar.

Instintivamente, baje el libro y miré la pecera. Inmóvil, mi pescado ostentaba su signo. Dos círculos perfectos, uno adosado al otro. Por un segundo vi dos serpientes marinas tratando en vano de morderse la cola. Tuve también la impresión de que unos destellos de líquidas ondulaciones amenazaban con desencadenar una incontrolable sucesión de reflejos.

Recordé que le hacía tiempo, el pez no comía ningún alimento. Otra idea me perturbó: nunca le había cambiado el agua, ni repuesto la parte supuestamente evaporada ¿Cómo podía sostenerse, entonces? Me pregunté si lo había pescado en realidad o me había imaginado la historia. Sin embargo, yo estaba allí en la pecera sacudido y atrapado por los incontables espejos. El que me contemplaba desde afuera (¿desde afuera de qué?).

El infinito era de agua y fluía desde el pez hacia mí, para volver a aquel. Incansablemente, repetía su recorrido.

Poco a poco, los pescados que traje del río fueron muriéndose. Al final quedó uno solo. Era el más pequeño.

La Venganza

Amaneció, como ya era de costumbre, con su perro a un costado de la cama, junto a los zapatos carcomidos por la lluvia y el barro. El camino recocado hasta la casa de la vieja Agustina había desprendido las suelas y agrietado el cuero del empeine. El perro lo observaba con esa mirada tierna que tienen los animales que acostumbran a levantarse con sus amos, a la espera de su desayuno.

Pobre animal –pensó–, ni te imaginas lo que va a ser tu dueño...

El perro se desperezó, mientras él se vestía, moviendo la cola en un “buen día” silencioso y amable.

Evaristo Soria se acomodó para llevarse unos mates, y mientras lo hacía le arrojó a Sam un trozo de bizcocho comido medias. Después de los mates salió. Afuera, la vecina de enfrente barría con lentitud la vereda, a la que aprovechaba para espiar a quienes salían o entraban en el vecindario. Cuando vio salir a Evaristo, no advirtió la empuñadura del cuchillo que sobresalía de uno de los bolsillos de la campera que él trataba de cerrar aún más sobre su pecho.

Días después, la mujer leyó en una página del diario: “Vecinos descubren cadáver... Fue encontrado, con sendas puñaladas en abdomen y garganta en cercanías de...”, y más abajo: “De las investigaciones efectuadas, se desprende que se trataría de Benito Soria, argentino 43 años, quien...”.

Inmediatamente, la mujer relacionó el apellido al de su vecino, y se dispuso a esperar a que él saliera para intentar satisfacer su curiosidad...

En el interior de la casa, Evaristo limpiaba su cuchillo con agua y detergente, tiñendo los azulejos los blancos de la pileta con el agua turbia, rojiza, que dejaba correr en abundancia. Recién cuando hubo terminado, se arregló la ropa y fue a peinarse frente a un pequeño y sucio espejo colgado en la pared del baño.

Nadie tiene que saberlo –pensaba–, nadie...

Poco después, temblorosamente, fue a sentarse en un rincón del patio, allí donde el sol no llegara hasta sus ojos, que deseaban cerrarse en un sueño profundo. No quería entrar al dormitorio. No quería hacerlo, pero algo lo obligó a levantarse. Algo – ¿o alguien?– lo empujaba para que entrase a la habitación.

Cuando estuvo frente a la mesita de noche, lo vio. Era el segundo puñal que aparecía sobre la almohada, después de que la bruja Agustina le profetizara que moriría asesinado por uno de sus seres más queridos. Recordó que en la leyenda de Edipo, este también asesinaba a un familiar directo –su padre– a causa de un vaticinio, y sintió una angustia intolerable. No podía soportar la idea de morir traicionado. Entonces pensó que de algún modo tenía que vencer esa maldición, por lo que había recurrido nuevamente a la ayuda de la endemoniada mujer que, además de tirar las cartas, tenía seguramente otras especialidades. Era ella, seguramente ella, la que había dejado el primer puñal y lo seguiría haciendo noche a noche, hasta que terminara con todos sus parientes.

Quedaban en su familia, dos hermanos –uno de ellos separado de la esposa– y una tía, exceptuando a Benito, el primo asesinado dos noches atrás y hallado al día siguiente.

–“Vas a morir pronto. Y te va a matar alguien muy cercano. Uno de tus seres queridos”, le había predicho Agustina.

–“Ahora, andá, que yo te voy a ayudar”, había concluido...

¿Ayudar a qué? ¿A exterminar a su familia?

La bruja le prepararía cada noche un puñal para cada uno de sus cuatro parientes y él debía utilizarlo para salvar su propia vida...

En los días siguientes, distintas personas policías o vecinos fueron descubriendo cadáveres, cuyos nombres se daban posteriormente a conocer en el diario. La vecina (“flaca chismosa”), siempre se le cruzaba Evaristo para preguntarle si tenía algo que ver con ellos, a lo que él en un principio había respondido tembloroso que sí y luego con lo intencionado mal humor:

–Sí, ¿y qué hay?

Nadie (¿la vecina, tal vez?) sospechaba de él, ni encontraba móviles ni se preocupaba demasiado por aquellos crímenes. Total, no eran gente de alta posición económica, ni de renombre social; eran unos más que a la policía poco habría de importar.

Nadie se ocupará de investigar, pensaba Evaristo, ya no hay posibilidad de que lo predicho se cumpla; no tengo más allegados... ni novia ni amigos... estoy libre...

Esa noche, podría al fin descansar tranquilo ¿en paz? y con el alivio de saber que se encontraba a salvo. Había vencido a la bruja. Vieja endemoniada. Quería hacerlo asustar, cuando él no tenía la culpa de que su padre no se hubiera querido casar con ella antes de conocer a su madre...

Corrió las sábanas y se acostó, dispuesto a recuperar el sueño y las energías despilfarradas en las noches anteriores. Sam dormitaba a un costado de la cama –pocas veces lo dejaba subir a ella– y por momentos movía las orejas negras, espantando mosquitos o quizás alerta por si hubieran ruidos extraños. Era, sin duda, un perro fiel.

Apagó la luz.

A media noche, algo lo despertó. Sin encender la luz, buscó aquello que se había recostado sobre sus pies. En la oscuridad, creyó que sus manos tocaban la cabeza de Sam y volvió a recortarse, sin importarle que el perro se hubiera subido a la cama.

Pero el peso sobre los pies aumentaba poco a poco, hasta que se hizo molesto, insoportable. Ya impaciente, Evaristo encendió el velador, y sus ojos, primeros molestos por la luz, se desorbitaron al ver a poca distancia, junto a la cama, el cuerpo inerte de Sam, con un puñal clavado en la garganta y frente a él, sobre sus pies, un perro

negro, idéntico al suyo, con los dientes prestos a atacar y una furiosa mirada en aquellos ojos enrojecidos, que se parecían a los ojos de la bruja Agustina...

La Fundación del Banco del Noroeste Cooperativo Limitado ha cerrado, el 26 de junio de 1987, su concurso de CUENTOS. Dentro de este género y en una serie de convocatorias similares que se halla en plena concreción, hace extensivo su estímulo cultural en los ámbitos de las provincias de Salta, Jujuy y Catamarca. Las presentaciones de autores de estas áreas —que abarca la institución ampliando los alcances de su actividad específica— respondiendo con creces en esta oportunidad a la expectativa suscitada. Por ello, además de los tres primeros premios que recayeron respectivamente en las obras de Marcelo Vicente Constant (Jujuy), Víctor Fernández Esteban (Salta) y César Augusto Vera Ance (Catamarca) cuyas ediciones se realizan conforme a lo establecido, se publica también un cuarto libro con la selección de aquellos otros cuentos que merecieron aisladamente un accésit por sus valores literarios. De este modo se pone a consideración pública un material que, sin duda, propenderá a una mayor difusión de nuestra narrativa.

Este libro se compone de cuentos que merecieron un accésit por sus valores literarios en la "Convocatoria para la selección de obras literarias de autores de Salta, Jujuy y Catamarca" (Género: cuentos).